



# Roger de Lauria

POR

D. Buenaventura Hernández Sanahuja

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE  
DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA,  
BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO,  
BUENAS LETRAS DE BARCELONA  
Y DE LA DE ANTICUARIOS DE ROMA.  
OFICIAL DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS,  
BIBLIOTECARIOS Y ANTICUARIOS,  
JEFE DIRECTOR DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE TARRAGONA



Universitat Autònoma de Barcelona  
Servei de Biblioteques



1500929333

RES  
/1137

TARRAGONA: IMP. ALEGRET

# ROGER DE LAURIA

POR

## DON BUENAVENTURA HERNÁNDEZ Y SANAHUJA

INDIVIDUO CORRESPONDIENTE DE LAS REALES ACADEMIAS DE LA HISTORIA,  
DE LA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO Y DE LA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA,  
DE LA DE ANTIQUARIOS DE RÓMA.

OFICIAL DEL CUERPO FACULTATIVO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y ANTIQUARIOS,  
JEFE DIRECTOR DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE TARRAGONA.



TARRAGONA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ADOLFO ALEGRET

1890



Universitat Autònoma de Barcelona

Donat

Soberanos

Al Exmo. Ayuntamiento Constitucional  
DE TARRAGONA

---

*Exmo. Señor:*

Erigida en esta ciudad una estatua en bronce al Almirante Roger de Lauria, aprovechando la coyuntura de haberla regalado á V. E. la Excmá. Diputación provincial, como fruto preciado del ingenio de uno de los artistas de la provincia, el conocido y laureado escultor D. Félix Ferrer, pensionado que fué para el estudio del arte por la expresada Corporación provincial, he creido que era ésta una ocasión verdaderamente oportuna para delinejar la biografía crítica del insigne calabrés, que al servicio de los reyes de Aragón, en época de grandeza para la historia patria, vino á ser tal vez el factor más importante de la inmortal epopeya llevada á cabo por catalanes y aragoneses en las costas del Mediterráneo, durante los célebres reinados del hijo y nietos del glorioso monarca D. Jaime I, el conquistador de las Baleares y Valencia y el gran adalid de la reconquista en los territorios de Levante de la histórica España musulmana.

Que la ocasión no puede presentarse más propicia, lo acredita el hecho mismo de dedicarse tan pomposo lauro á una personalidad que solo cuenta como segunda patria la que fué cuna de los *almogáveres*, esos pelotones de héroes que tanto han enriquecido la historia del reino de Aragón, y de los cuales vino Roger de Lauria á ser uno de los caudillos de mayor renombre; y es justo que pagando tributo á la conciencia humana y estimando en su verdadero valor la opinión nacional que encumbra siempre el mérito de sus hijos, bien deban ese lisonjero timbre al territorio donde han visto la luz, bien lo hayan adquirido por genuina adopción, cumplan los pueblos no sólo con el grato deber de honrar su memoria, sino que procurando dar á conocer las hazañas que los han inmortalizado, sirvan éstas de ejemplo y saludable estímulo á las generaciones sucesivas, para que arda siempre con toda su pureza el sagrado fuego de la patria y no se extinga el amor vivo de los que con sus hechos la han enaltecido y glorificado.

Precisamente en nuestro héroe es todavía de necesidad, casi suprema, el conocimiento exacto de sus viriles cualidades, imponiéndose el análisis, depurado por el escalpelo de la crítica, de los sucesos de aquellos tiempos de continuadas turbulencias, y el exámen riguroso de todas y cada una de las hazañas que se han atribuido y atribuyen al famoso Almirante, dada la multitud de errores y el cúmulo de aberraciones con que se ha pretendido.

dido mancillar su buena memoria. Dominada aun la conciencia humana por los resabios de un espíritu semisalvaje y anticristiano, como consecuencia de la ferocidad de costumbres que iba infiltrada en el corazón de las hordas bárbaras, á las que la Providencia encargó la regeneración de los abyectos hijos del Imperio romano, nótase desde luego en los acontecimientos más culminantes de la *Edad Media* una mezcla de encontrados sentimientos, un desbordamiento de lamentables pasiones, que en más de una ocasión producen actos de verdadera barbarie, impropios de los impulsos nobles y generosos que se anidaban en los pechos de sus autores; pudiendo observarse, al mismo tiempo, el extraño fenómeno de que, á pesar de la influencia cristiana que llegó á dominar á todas las clases sociales, en no pocas circunstancias la crueldad y el suplicio venían impuestos por la opinión y el aplauso de las muchedumbres, como si con ello quisiera recordarse todavía el grito feroz que resonaba en el anfiteatro pagano, cuando se obligaba al gladiador triunfante á hundir la espada en el corazón de su miserable víctima. Ello es que esta confusión de tan opuestos sentimientos, esa divergencia de pasiones tan encontradas, en que al lado de la grandeza de la obra aparece el espíritu de una mezquina venganza, han entibiado, digámoslo así, la inmarcesible gloria de nuestros primogenitores, especialmente para los llamados filántropos de estos días, que ignorando el carácter de aquella época, se entretienen en apreciar los acontecimientos de la misma al través del prisma de su refinado sentimentalismo, de que prescinde siempre el historiador imparcial y severo, cuando estudia los hechos y las causas que los produjeron y escudriña los sucesos humanos relacionándolos con las circunstancias que hubieron de acompañarlos.

De la estrecha crítica con que se ha juzgado á Roger de Lauria proviene, sin duda, la especie de preocupación con que se ha analizado la biografía de dicho personaje, y á las mismas causas y tal vez á otras, debidas á la falta de probidad en algunos autores de nuestra patria historia, se deben los mil absurdos sobre sus decantadas ferocidades, que el examen concienzudo y severo de todas sus cualidades y rasgos de carácter se encargaría perfectamente de desvanecer, buscando tan sólo en los analistas de su época, en los que fueron testigos oculares de aquellos acontecimientos, la verdad en lo ocurrido, la exactitud en el juicio y la imparcialidad en los detalles, apenas apuntados por los que han preferido la rastrera adulación á la narración exacta y expontánea de los sucesos.

A colocar, pues, los hechos en el fiel de la balanza, desvaneciendo injustos cargos y no pocos errores, y dando á cada personaje su merecido, que éste es el camino trazado para el que aspira al conocimiento de la historia, tiende el estudio del héroe de Otranto y de tantos y tantos combates marítimos, que me permito ofrecer á V. E., con motivo de la inauguración del monumento que esta ciudad ha creído que era muy digno de ser elevado á su honrosa memoria, á fin de que cuando contemplen mis paisanos la decidida actitud que ha sabido imprimir el artista á aquella hermosa imagen, puedan comprender que no se

trata de una personalidad vulgar y amanerada, sino de un héroe como pocos, á quien la pátria debe excelsos lauros, conforme se los han prodigado Barcelona, Valencia y otras ciudades de la antigua coronilla de Aragón, y no era justo que se los rehusara Tarragona, á no mediar otros motivos, en compensación por lo menos de haber querido que sus cenizas reposaran en el territorio de su provincia.

Aparte de las consideraciones que acabo de exponer, hay una muy particular que me ha impulsado á dirigirme á V. E. ofreciéndole tal vez la última prueba de mis humildes investigaciones en el intrincado piélagos de la Historia y de la Arqueología, durante mis largos y ya muy encanecidos estudios.

No he de repetir aquí qué todos los afanes, todas las innumerables vigilias dedicadas al esclarecimiento de la historia de Tarragona, no han tenido otro resorte que el amor que en mi pecho rebosa, todavía tan juvenil como en mis buenos días, para la ciudad que ha sido mi propia cuna, donde descansan los restos de mis padres y ascendientes, y donde duermen el sueño eterno mis hijos y nietos; y si comprendo que ya los años vencen mis fuerzas y que llego á pasos agigantados al término de la vida, en ninguna ocasión puedo demostrar mejor mi nunca amortiguado patriotismo, que en la que, como final de la carrera, me presta V. E. contribuyendo con este, probablemente último escrito, á enaltecer al insigne Roger de Lauria, que ha sido considerado digno de un monumento tan importante y de un recuerdo tan notorio.

Si el trabajo merece la aprobación de V. E., verá con ello recompensados todos sus deseos, este su fiel servidor y administrado,

*Buenaventura Hernández Sanahuja*

Tarragona 20 de Abril de 1890.



*Ayuntamiento Constitucional*

DE TARRAGONA



Este Ayuntamiento, en sesión del dia 2 del actual, acordó manifestar á V., que acepta gustoso el notable trabajo que le dedica, referente á la biograffía crítica del Almirante Roger de Lauria, disponiendo al efecto conste en acta el agradecimiento de la Corporación municipal, é imprimiendo por cuenta de la misma, 500 ejemplares de la mencionada obra.—Lo participo á V. para su conocimiento y satisfacción.—Dios guarde á V. muchos años.—Tarragona 8 Mayo de 1890.—*El Alcalde Presidente*, J. Matheu.—P. A. de S. E.—*El Secretario*, R. Nogués.—Señor D. Buenaventura Hernández Sanahuja.





# ROGER DE LAURIA

---



ROGER DE LAURIA....! ¿Quién, habiendo leído las crónicas referentes á los turbulentos y azarosos reinados de D. Pedro III de Aragón, y de sus dos hijos D. Alfonso III y D. Jaime II, no se entusiasma y admira al ver consignados en ellas los maravillosos y preclaros hechos que durante su vida llevó á cabo el nunca bien ponderado Almirante de Cataluña, Aragón y Sicilia, *En Roger de Lauria?*

La vida de este excelso varón es una verdadera epopeya; y á la manera de Alejandro Magno, la Victoria y la veleidosa Fortuna, como á este héroe de la antigüedad, no le abandonaron nunca, hasta que pacíficamente bajó al sepulcro, para, como aquél, vivir eterna y gloriosamente en los fastos de la Historia.

Todos los cronistas y escritores sus contemporáneos, tanto nacionales como extranjeros, amigos y enemigos, y todos los historiadores que en siglos posteriores han mencionado en diferentes idiomas los acontecimientos más ó menos desastrosos de que el Mediterráneo y los países que con él confinan fueron testigos, todos hablan con encanto del nunca vencido Almirante Roger de Lauria, honra y prez de las coronas de Cataluña y Aragón.

De entre ellos, el que con más entusiasmo lo ensalza, es el severo historiador aragonés Gerónimo Zurita, cronista de Felipe II, quien en el libro V, capítulo 66, de su obra *Anales de la Corona de Aragón*, hace del héroe catalán el siguiente elogio: "El nunca bien ponderado Almirante Roger de Lauria, el más famoso y excelente capitán que ántes y después de sus tiempos hubo jamás por la mar y nunca vencido

ella, y aun que era capitán general de dos naciones muy diversas entre sí y contrarias (Aragón y Sicilia) en veinte años que continuamente duró la guerra, y en muchas batallas que tuvo con infieles, siempre mostró llevar tras sí muy cierta la victoria y que sólo dependía de él. Sobrepujó á todos los más valerosos capitanes que entonces fueron y después han sido en el cuidado, vigilancia, paciencia y astucia, y en la celeridad y presteza de ánimo, y sobre todo en el consejo, y desde su juventud se señalaron en su persona tantas partes de valor, que en ella representaba grande dignidad y autoridad. Era de muy robustas fuerzas para todo trabajo, aunque no de tan crecido cuerpo, cuanto de grave y bien proporcionada compostura."

Aunque Roger de Lauria no había nacido en Cataluña, vino á ella siendo muy niño, pero no obstante fué un buen catalán y en tal concepto lo tenía el cronista Ramón Muntaner, su contemporáneo y amigo, quien en elogio de él y de su cuñado el conde Llansa dice, que ambos hablaban el catalán más bello del mundo: "En aquell temps se deya quel pus bell cathalanesch del mon era el del Llansa y del dit Roger de Luria."

El nombre del Almirante con el tiempo ha recibido diferentes modificaciones: el cronista Bernardo Desclot, que era de su tiempo, le llama *Roger de Lluria*; el citado Muntaner le denomina *Roger de Luria*; el aragonés Gerónimo Zurita, *Roger de Lauria*, y el analista Feliu de la Peña, *Roger de Lluria* al igual que Desclot; pero no era este su nombre originario, sino el de ROGER DE LORIA que era el de la ciudad de la Basilicata que le vió nacer durante el año 1250.

El padre de nuestro héroe era calabrés, de noble estirpe, y murió defendiendo al infortunado Manfredo, rey de Sicilia, que también murió peleando contra los franceses en la batalla de Benevento, dada en el año 1266. Había Roger venido á Cataluña en compañía de su madre, doña Bella, ama de leche y amiga íntima é inseparable de doña Constanza, hija de Manfredo, cuando su casamiento con D. Pedro III, rey de Aragón, en el año 1262.

A la sazón Roger de Lauria sólo tenía doce años, y se crió en la corte, donde le profesaban gran cariño D. Pedro y D.<sup>a</sup> Constanza: el rey D. Jaime I el *Conquistador*, que aun vivía, presagiando, sin duda, lo que llegaría á ser el muchacho con el tiempo, le quería entrañablemente, y en demostración de este cariño, en 1272 le hizo donación de las alquerías de Raballo y Abricato en el reino de Valencia, y cinco años después el rey D. Pedro III, su protector, le hizo gobernador de Concentaina en Alicante; finalmente, á la edad de veintiocho años, el mismo rey le armó caballero.

Sabido es el célebre desafío de D. Pedro de Aragón con el rey de Sicilia D. Carlos de Anjou, el cual debía verificarse en Burdeos, y entre los nombres de los nobles del reino que firmaron el acta, se halla el de Roger de Lauria.

Era, durante este tiempo, Almirante de Aragón D. Jaime Pérez, señor de Segorbe, hijo natural de D. Pedro III, y habiéndole éste elegido para que le acompañara á Burdeos con los demás nobles de su corte á presenciar el combate, le llamó á su presencia y le dijo estas palabras que trascrimos, tal como lo refiere en su crónica y en llemosín el cronista en Ramón Muntaner.

"En Jacme Pere (Pérez), vos sabets que Nos nos debem combatre a dia cert ab lo rey Carles, e lo temps que habem es breu; e Nos siam nos molt en vos e en la vostra bona cavallería e volem queus nanets ab Nos, e que siats hu daquells qui el camp entraran ab Nos; perque volem, que renunciets el almirallat; que nons par, que daqui avant fos honor a Nos e a vos, que fossets almirall nostre. Que qui almirall es, ha affer ab diverses gents; perque no vendria be feyt. E axi no hach lloch, segons aquell qui vos sots fill nostre que amam molt, que

vos ab aytal gent hajats perseverar. E lo noble En Jacme Pere respos e dix:—Pare senyor, yo vos faz moltes gracies e merces, com vos a mi seyts tanta donor, queus plau que yo sia hu de aquells qui entraran ab vos en lo camp: e french vos ho mes, senyor, que sim habiets donat lo millor comptat que sia en vostra terra. Per que, senyor, l' almirallat e la persona e ço que yo he, prenests al vostre plaer; que hanch nul temps no fuy tan alegre, com som daquesta gracia quem habets feyta.—E axi posa la verga del almirallat, e mes la en la ma del senyor rey.

E llavors lo senyor rey apella lo noble en Roger de Luria, que ell habia nodrit, e feu lo agenollar davant, e dix li:—En Roger, dona Bella, vostra mare, ha be servida la regina muller nostra, e vos havets vos nodrit entro aci ab Nos, e havets nos be servit: e axi dam vos, ab la gracia de Deus, la verga del almirallat, axi que daqui avant siats almirall nostre de tota Cathalunya e del regne de Valencia e de Sicilia e de totes les terres que havem, ne Deus nos dara a conquistar.—E lo noble En Roger de Luria gitas en terra e besa los peus al senyor rey Darago, e puig les mans, e pres la verga en tal bona ventura, que placia a Nostre Senyor Deus que tots los officials a qui lo senyor rey comanara sos offisis los hi administren axi be, com lo dit noble feu. Que be pot hom dir, que hach james vassall en negun offici no honrra mills son senyor, que ell feu: e aço li dura del jorn que ell pres la verga entro que passa desta vida.“

Zurita describe este hecho de muy diferente manera, en estas textuales palabras: “Un autor siciliano antiguo, que no se nombra, escribe que don Jaime Pérez, Almirante de Aragón, contra la orden del rey su padre, quiso acometer con su armada á Rijoles, en donde estaba el rey Carlos, y que perdió algunos almugáveres, y por esta causa estuvo el rey tan indignado, que se vió en peligro que le cortasen la cabeza, y que entonces le quitó el almirantado y se dió á Roger de Lauria, que fué el más excelente capitán que hubo por la mar.”

Como ignoramos quien fuese este escritor siciliano anónimo, ni su autoridad en este asunto, creemos que no hay razón bastante para separarnos de lo expuesto por el cronista Muntaner, contemporáneo, y aun si se quiere testigo de este acontecimiento, á causa de que se hizo público, y sin misterio alguno. Por tanto deferimos en un todo á lo que expone el cronista catalán, y es tal como acabamos de transcribir.

Este suceso ocurrió en el mes de Abril del año 1283, cuando el joven Roger de Lauria acababa de cumplir 33 años, y desde luego se apresuró, á instancias de doña Constanza, á incorporarse de la armada, preparándose para la lucha con la francesa, que se hallaba bajo el mando del Almirante Guillermo Cornut y del Vice-almirante Bartolomé Bouvine. Estos dos prácticos marinos acababan de recibir órdenes terminantes del rey francés de Sicilia, Carlos de Anjou, para buscar y destruir la armada catalana, compuesta solamente de 18 galeras bien tripuladas, procurando hacer prisionero á su Almirante Roger de Lauria.

Dispuesto el Almirante catalán á dar á conocer sus brios y los de su tripulación, formada de *almugáveres*, la mayor parte (\*), gente atrevida y que no conocía el miedo, ni contaba nunca el número de los enemigos que debía combatir, salió de Mesina en busca de Guillermo Cornut, quien confiado en su pericia y en el número de sus buques, se hallaba tranquilo en el puerto de Malta, bien ajeno de sospechar el atrevimiento del joven e inexperto novel Almirante catalán.

(\*) Se observará, que en toda esta monografía hemos empleado la palabra *Almugarer* en vez de *Almogavar* que debiera decirse; pero lo hemos hecho de intento, para acomodarnos á la pronunciación catalana de los cronicones de Desclot y de Montaner que así está escrito. Sabemos bien que la denominación *Almogavar*, proviene, según el Diccionario de la Real Academia, del árabe *Almogávar* que significa el que hace *algaras* ó *algaradas*.

La escuadra catalana, pues, llegó á la boca del puerto de Malta al anochecer del dia 7 de Junio de 1283, y desdefiándose Roger de Lauria de sorprender al confiado enemigo durante el silencio de la noche, pudiendo impunemente destruir la escuadra provenzal, prefirió con nobleza verificarlo á la luz del dia y cara á cara, á cuyo efecto envió al Almirante francés un buque ligero, anunciándole que al amanecer del dia siguiente entraría en el puerto de Malta, y que destrozaría la armada que tenía á su mando; por tanto que se preparase.

El confiado Cornut tomó como una fansarronada el generoso aviso del joven catalán, pero se preparó para recibirlle y darle una severa lección.

Con efecto, en la madrugada del 8 del Junio, las galeras catalanas entraron en el expresado puerto, al estrepitoso eco de las trompetas y griterías de las tripulaciones, todo con el fin de despertar si alguien dormía aun en la escuadra enemiga; pero la encontraron ya dispuesta en ala, atadas las galeras una á otra con fuertes cadenas, para conservar el orden de batalla.

Las galeras catalanas, según las órdenes recibidas, entraron en el puerto á todo remo, dirigiendo cada una su proa contra otra de las enemigas, lo que se verificó con tanta violencia, que con el choque se rompieron algunas proas. Desde luego, y sin hacer caso de la multitud de flechas y piedras que arrojaban las galeras provenzales, los ballesteros catalanes unidos, con los *almugáveres*, que en los ejércitos de mar y tierra del rey de Aragón formaban su principal nervio, por su valor y decisión, abordaron las naves contrarias, y cuchillo en mano y mezclándose confusamente los combatientes unos con otros, se armó tal zafarrancho, que era de admirar, tanto, que el Almirante Cornut, según expresan los cronistas Desclot y Muntaner, viendo el estrago que causaban en sus gentes los *almugáveres*, que veían por primera vez, exclamó "He Deus! ques açó? ¿He gent es aquesta? açó no son homens ans son diables de infern;" así es que en breve las cubiertas ó puentes de los buques se convirtieron en verdaderas carnicerías, semejantes á un campo de batalla después de un sangriento combate.

El choque más violento se verificó entre las dos galeras capitanas, á causa de que las defendían las tropas más valientes de las dos armadas: Roger de Lauria para dar el ejemplo á las tripulaciones de sus naves, puso pié en la capitana, mandada por el Almirante Cornut, quien hizo maravillas de valor, pues al saltar Roger de Lauria en su galera, cogió una lanza y con ella pasó de parte á parte el muslo de este; Roger no hizo caso de la herida por dolorosa que fuera, atravesando con la misma lanza el pecho del Almirante francés, á pesar de su coraza, cayendo exánime á sus pies, declarándose desde luego la victoria por Aragón. (\*) El Vice-almirante Bartolomé Bouvine, viendo perdida la batalla, huyó con cinco galeras á Marsella, donde en breve se hizo pública la derrota, llenando de luto y dolor el corazón de Carlos de Anjou, rey de Sicilia.

Con relación á las pérdidas de ambas partes, sufridas en esta sanguinaria batalla, se hallan discordes los historiadores: Desclot dice, sin duda exageradamente, que los catalanes solo tuvieron 8 muertos y 300 heridos, y los provenzales y franceses 800 muertos y 500 heridos: Muntaner hace subir los muertos catalanes á 300, y á 200 heridos; de los franceses murieron, dice, 3.500, y 500 heridos; creemos que el guarismo de Muntaner es más exacto que el de Desclot, porque los

(\*) Este pasaje histórico del combate parcial entre Roger de Lauria y el Almirante provenzal G. Cornut, se halla perfectamente representado en el cuadro de bronce, en alto relieve, que figura en el costado occidental del monumento recién erigido, que sostiene la estatua colosal de Roger de Lauria.

*almugáveres*, gentes decididas y avezadas á manejar el cuchillo, su arma favorita, eran terribles en las batallas y combates cuerpo á cuerpo, causando á los enemigos considerables pérdidas.

El cronista Muntaner nos hace una descripción de lo que eran los *almugáveres*, al expresar la desagradable sorpresa que causaron á los sicilianos, al verlos por primera vez en Mesina. Hallábase, dice Muntaner, esta ciudad estrechamente sitiada por los tropas del rey Carlos de Anjou durante el mes de Septiembre del año 1282, resueltos los mesineses á morir todos antes de rendirse, en la confianza de que D. Pedro que se hallaba en Palermo, les enviaría tropas para su socorro; y con efecto, el rey de Aragón envió un cuerpo de dos mil *almugáveres*, quienes ligeros y acostumbrados á andar por breñas y desfiladeros, emprendieron la marcha, y en tres jornadas se presentaron delante de los muros de Mesina, que dista seis de Palermo, y durante la noche entraron en la ciudad.

“E com los almugavers, (añade el cronista) foren entrats á Macina, qui hi entraren de nuyt, nom demanets lalegre e lo confort qui fo per tota la ciutat; empero lendema matí, en lalba, ells se aparellaren, per ferir en la host. E les gens de Macina quils vaeren tan mal enropats, e ab les antipares en les cames, e abarques en los peus, e les capells de filats en testa, digueren:—A Deus com havem haut goig percut! e quina gent es aquesta, qui van nuis e despullats, qui no vesten mas sol un casot, e no portan darga ne escut! Nons en cal fer gran compte, si aytals son tots aquells del senyor rey Darago.—E los almugavers que oyren aço entrabunir dixeren:—Vuy sera, queus mostrarem qui som.—E feren obrir un portal, e feriren en la host en tal manera, que, abans ques fossen reconeguts, hi faeren tanta de carn que aço fo una gran maravella, axi quel rey Carles se cuida e aquells de la host, quel senyor rey Darago hi fos en persona, Queus diré? que abans quells se fossen reconeguts, aquells de la host, axí con vos he dit, hi agueren mes de dos milia personnes mortes los almugavers. E puix tota la bona roba que trobaren, meteren la tota dins la ciutat, e entrarensen tots dins la ciutat, e sans e sauls e segurs.”

Los *almugáveres*, finalmente, lo mismo servían en los ejércitos de tierra que en las escuadras como soldados de marina; y del mismo modo asaltaban una fortaleza, que abordaban el buque enemigo, pasando á cuchillo, si no se les iba á mano, á toda la tripulación, pues gente burda y sin educación alguna, no conocían la compasión y era la más á propósito para aquellas terribles y sangrientas guerras; en una palabra, hombres sin corazón, por cuyo motivo Roger de Lauria, que lo tenía muy grande y de acero, se hacía obedecer por esta gente grosera, audaz y agena á toda subordinación militar, prefiriéndolos por su temerario valor, á otra tropa más culta y civilizada: á esta circunstancia, pues, atribuimos el que las armadas que se hallaban al cargo del intrépido Almirante catalán, salieran victoriosas y triunfantes de cuantas empresas intentaran, por temerarias que fuesen, en cuanto las dirigiera este esforzado capitán.

Un ejemplo de esta verdad nos ofrece la célebre y sangrienta batalla naval de Malta, que acabamos de describir, la primera que dió Roger de Lauria, en la que los ballesteros catalanes y mallorquines, y sobre todo los *almugáveres* se desfogaron, dando motivo al infeliz Almirante Cornut, á comparar estos desalmados y desarapados combatientes á diablos salidos del Averno. “Aço noson homens ans son diables.”

Esta batalla de Malta duró desde la salida del sol hasta el anochecer, sin parar un momento, y las aguas del puerto, dicen los historiadores, estaban cubiertas de muertos y llenas de lanzas, escudos y remos.

Roger de Lauria, terminado el combate, se hizo dueño de las islas de Malta y de la de Gozo, dirigiéndose luego con las naves enemigas y los prisioneros á Mesina, en donde se hallaba la reina doña Cons-

tanza, y no hay que decir la alegría de esta señora al recibir la noticia del triunfo de su protegido. Hizo que al momento se presentara en palacio en compañía de todos los comitres y jefes de la armada victoriosa, y dirigiéndose al Almirante le dijo estas lisongeras palabras que menciona Desclot en su crónica, y que transcribimos literalmente:

"Amich Roger, be saps tu que yo t' he nodrit petit infant, e mon senyor lo rey d' Arago axí mateix t' ha nodrit e fet gran be, e t'ha molt amat e t' ha fet molt gran honramen, que t' ha fet almirall de la sua armada, per ço com ha gran fe en tu e sab que ets valent e leal e prous. E ara es mester que u sias mills; que yo e mos infants e tota ma companya estam en fe de Deu e de tu." Quan ma dona la reyna hac dit aço, l' almirall se agenolla o sos peus e besa li les mans, e puix mes li les sues mans entre les sues e feuli homenatge."

La reina participó, además, á Roger y á su acompañamiento guerreiro, que Carlos de Anjou, ayudado por el Papa y por el rey de Francia, preparaba una poderosa armada contra Sicilia y contra la de Aragón; y en efecto, en los arsenales de Marsella se trabajaba sin descanso en la construcción de naves de guerra, y se hallaban en disposición de darse á la vela 40 galeras en Brindis, bien tripuladas y perfectamente armadas, sin contar otras 30 que bajo las órdenes del príncipe de Palermo, hijo de Carlos, estaban ancladas en el puerto de Nápoles; por tanto, en vista de tan poderoso armamento, doña Constanza pidió á Roger con encarecimiento que hiciese lo posible para salvar la Sicilia en tan tremendo trance.

Halagado el novel Almirante de la conversación con la reina, procedió sin tardanza á prepararse para impedir que las dos armadas francesas se uniesen con otras 10 que de Pisa se dirigían á Nápoles, proponiéndose astutamente vencerlas en detall. A este fin, pues, hizo aparejar toda su armada, saliendo de Mesina con dirección á Nápoles, creyendo que la que se hallaba anclada dentro del puerto saldría en su persecución; pero la armada francesa no se movió, puesto que las tripulaciones, dice Desclot, no quisieron embarcarse sin que lo verificara el príncipe de Salerno con sus caballeros; este accedió por fin, y todo se preparó para combatir la armada catalana que tenía á la vista.

El sagaz Almirante catalán, que veía la indecisión de la armada enemiga en salir del puerto, y conviniendo á sus intentos pelear en alta mar, recurrió á una estratagema que produjo sus efectos, pues viendo que las naves se aparejaban dentro del puerto, fingió una huída, tomando mar á dentro, lo que observado por los comitres franceses, dieron, de acuerdo con el príncipe, la voz de *adelante*, con gran vocero y ruído de trompetas, creyendo que tenían asegurada la victoria y preso al terrible Roger de Lauria; más éste, que todo lo tenía previsto, al ver la escuadra francesa en alta mar, en un momento dado todas sus galeras pusieron sus proas contra las enemigas, y al hallarse cerca, mandó el Almirante levantar los remos y los adiestrados ballesteros catalanes y mallorquines se colocaron en el lugar de la chusma; hecho lo cual asaltaron á las tripulaciones de los buques franceses con tal acierto, que cada flecha disparada producía una muerte, y al emparejarse las dos armadas, los *almugáveres* dieron el abordaje con tanta furia que quedaron aterrados los soldados y la marinería francesa, pues nunca habían visto semejante lucha cuerpo á cuerpo y con tan crueles heridas.

Muchos de los buques que se vieron libres, á fuerza de remos buscaron su salvación en la fuga, abandonando á sus compañeros, y empezando entonces el desorden y confusión se pronunció la derrota y la dispersión de los 18 buques de guerra que componían la armada francesa.

Desde los primeros momentos, la galera capitana, en la que monta-

ba el príncipe de Salerno con toda la nobleza, á la que estaba confiado, fué en busca de la que mandaba el Almirante catalán, y unidas fuertemente las dos, pugnaban los tripulantes catalanes en abordar la francesa; pero era tanta la multitud de los enemigos y tanto el valor de la nobleza que los rechazaba, que, al fin, un marinero, (*proer*, dice Desclot) de la galera del Almirante con un hacha agujereó la del príncipe á flor de agua, llenándose instantáneamente el buque, lo que visto por Roger, saltó con los suyos á la cubierta de la capitana acorralando á los defensores hacia la popa, cuando la proa se hallaba ya debajo del agua, y en este último extremo el príncipe se rindió, entregando su espada á Roger, quien cogiendo de la mano al príncipe lo pasó á su galera, como prisionero de guerra, con toda la flor de su nobleza que le había acompañado.

Así terminó esta segunda batalla que dió Roger de Lauria desde que fué nombrado Almirante, la cual fué muchísimo menos sangrienta que la de Malta, pero mucho más importante para la gloria de nuestro héroe, toda vez que hizo prisionero al príncipe de Salerno y toda su nobleza, lo que dió motivo a Nápoles que se declarase á favor de Aragón; sin embargo de que el movimiento popular fué contenido por la presencia de Carlos de Anjou; y por último, que el Almirante catalán adquiriese de golpe la fama de invencible, como le apellida la historia.

La batalla se dió en 5 de Junio de 1284, en la que, además de las galeras de guerra francesas que fueron á pique, cayeron prisioneras 10 tripuladas, y las otras 18 que quedaban, huyeron presurosamente y á fuerza de remos, refugiándose en el puerto de Nápoles para salvarse de la persecución de Roger de Lauria: en una palabra, estas dos célebres batallas navales, fueron el origen de otras ciento que se libraron durante la vida militar del Almirante catalán, consiguiendo con su valor y audacia hacerse dueño del Mediterráneo, á pesar de los esfuerzos del Papa y de la Francia, cuya nación el Almirante aborrecía de muerte, recordando, que en la injusta guerra que Carlos hizo á Manfredo, legítimo rey de Sicilia, murió su padre, según queda dicho; esta es la razón de que, durante mucho tiempo, no quiso Roger entrar en negociaciones de ningún género con los franceses, ni con los provenzales, á quienes también odiaba.

En prueba de lo que acabamos de decir, y de su inveterado odio á los franceses, el cronista Desclot nos refiere, que hallándose en el otoño del año 1285 en el puerto de Cadaqués, descansando con su armada de los repetidos triunfos conseguidos recientemente en las costas de la Narbonesa, destruyendo la armada francesa y haciendo prisioneros á los almirantes Simon de Tursi y Enguerrando de Bailleul, se le presentaron el conde de Foix y Ramón Roger en nombre del rey de Francia, pidiéndole un armisticio; pero el impetuoso Roger de Lauria les contestó que en ningún tiempo haría treguas con los franceses ni provenzales, mientras viviría, aunque lo mandase el mismo rey de Aragón. Replicóle entonces airado el conde de Foix que dentro de poco podría arrepentirse de esta contestación, pues el rey de Francia tenía poder para armar 300 galeras antes de un año, cosa que jamás podría hacer el de Aragón, con las cuales abatiría su orgullo, pues si durante algún corto período había tenido buena estrella en el mar, vendría un tiempo en que este astro se le eclipsaría.

Irritado el amor propio del Almirante catalán al oír las airadas palabras del conde de Foix, dice Desclot, le contestó así:

“Senyor, saul la vostra honor, yo no son pas mal ne esqui; mas dich vos encara ço que ya us he dit; que no vull haver treves ab lo rey de França. E quant deyts que gran astre he hagut sobre mar hun temps, yo u agraesch a Deu quil m’ ha donat. E he sperança quel me dara encara a defendre lo dret de mon senyor lo rey d’ Arago e de Cecilia,

E car vendre lo tort que pren, no degudament. E nom fets reguart, quan deyts quel rey de França l' altre any armara trecents cos de galeres. Jo creu be que ell les pora armar aquexes, e mes encara. E yo, a honor de mon senyor lo rey d' Arago e de Cecilia, si el rey de França n' arma trecents, yo n' armare cent, sens pus. E quan aquelles cent haga armades, pens ne de armar lo rey de França trecents ó deu milias vol, que nom tem ques gos am mi atrobar en nenguna part; ne sol nom pens que galera ne altre vexell gos anar sobre mar, menys de guiatge del rey d' Arago; ne encara no solament galera ne leny; mas no creu que nengun peix se gos alçar sobre mar, sino porta hun escut o senyal del rey d' Arago en la coha, per mostrar guiatge de aquell noble senyor, lo rey d' Arago e de Cecilia.

Orgullosa fué esta respuesta del Almirante Roger, pero digna del insulto que acababa de inferirle el conde de Foix, irritado de ver que no conseguía su intento; y como dice un escritor moderno de gran nota, tómese como quiera esta contestación, tiene mucha sublimidad en boca del héroe que la pronunció y que nunca había sido vencido.

Tal es el acto que representa la estatua de bronce que se acaba de inaugurar, negando al conde de Foix el armisticio pedido por el rey de Francia, quien oída esta contestación y sabiendo que su armada había sido derrotada completamente, fué tal su dolor y desespero que empeoró mucho de la enfermedad que le aquejaba, y de la que murió al breve tiempo en Perpiñán, en 6 de Octubre 1285.

Se observará, que la estatua que da objeto á esta breve monografía, va vestida de la cota de malla y calzando espuelas, y lo que parece una anomalía en un marino, no lo es sin embargo, pues Roger de Lauria tan pronto pisaba las tablas de la cubierta de su galera, bañándose en el mar, como atravesaba á pie ó á caballo terrenos escabrosos, sea para dar una batalla campal ó para tomar por asalto la más encumbrada fortaleza, al frente de sus huestes.

Precisamente pocos días antes de conversar con el conde de Foix, según leemos, y después del combate delante de Palamós, en el que Roger de Lauria venció y derrotó la escuadra francesa, como hemos mencionado antes, el Almirante, sin enemigo alguno que se opusiera, entró en el puerto de Rosas apresando las galeras provenzales que en él se habían refugiado, y desembarcando luego con todas las tropas y marinera atacó el castillo guarnecido de tropas francesas, lo tomó al asalto e hizo prisionera á toda la guarnición; pero al retirarse para volver á bordo, hubo de sostener un combate con un numeroso cuerpo de caballería francesa, que acudía para socorrer el castillo sitiado; no se arredró Roger con tal encuentro, siendo la caballería enemiga destrozada por sus intrépidos marinos y *almugáveres*, con muerte de su caudillo el conde de Saint-Paul.

No es, sin embargo, esta la vez primera que el Almirante con sus tripulaciones y gente de mar, tomó parte en empresas terrestres, ya sea en campo llano ó en conquista de fortalezas: durante el mismo año de 1285, y en la desastrosa retirada de los franceses, y á su paso por los Pirineos para regresar á la Narbonesa, encontraron estos ocupados todos los pasos ó desfiladeros, especialmente el llamado *coll de Panisars*, por el grueso del ejército catalán del rey de Aragón.

El príncipe Felipe el *Hermoso* que por enfermedad de su padre el rey Felipe III mandaba la hueste francesa, pidió á D. Pedro que le permitiese el paso libre del desfiladero, lo que el rey de Aragón le concedió generosamente, con notable disgusto de su ejército deseoso de exterminar á todos sus enemigos. Pero á pesar de los esfuerzos del rey de Aragón, no le fué posible contener á sus tropas, las cuales llenas de ardor e impaciencia se arrojaron contra la retaguardia del ejército francés, que acuchillaron horrorosamente. La vanguardia también tropezó á la salida del *coll de Panisars*.

con Roger de Lauria, dice Desclot que "ab be deu milia servents que hac amenats de les galeres, quils donaren salt e occir en los tots aquells homens qui passats eren, e tolch los la roba e les adzemblas (acémilas) que amenavent.... E En Roger de Lluria ab los servents de les galeres ixqueren a carrera d' altre part; e occis ne tants que tot lo cami jaya de homens morts e de atzembles e de caballs e de roba e de armes." Esta horrible batalla del *coll de Panisars* se dió, según unos, en 30 de Septiembre, y otros, en 6 de Octubre de 1285. La vanguardia del ejército francés, dice el cronista Muntaner, la mandaba el conde de Foix, y estaba compuesta de 500 caballos armados, y la infantería necesaria, y esta fuerza fué completamente destrozada por los *almugáveres* y marinería de la armada de Roger de Lauria.

La vida militar del Almirante Roger de Lauria constituye en el fondo una verdadera epopeya, digna de un héroe de la antigüedad; y, como dijimos antes, la Fortuna y la Victoria no le abandonaron un solo momento durante su existencia, y así es como salió siempre vencedor en todas las empresas que llevó á cabo: de modo que, según hemos dicho antes, nunca contaba el número de enemigos que se hallaban en su presencia, á quienes tenía que combatir, porque por numerosos que fuesen, sabía anticipadamente que había de vencerlos; y esta confianza que tenía en la Victoria, se comunicaba en el corazón de sus soldados, de tal manera, que hasta los hacia temerarios, contribuyendo así á hacerlos invencibles.

De lamentar es, que en algunas páginas, felizmente pocas, de su brillante y dilatada historia militar, en lo que modernamente llamamos hoja de servicios, existan algunos borrones sangrientos, que empañan su esclarecida carrera de Almirante; sin embargo, y sobre este punto creemos conveniente advertir, que algunos de estos hechos, verdaderamente salvajes, que se atribuyen á nuestro héroe, no le corresponden, como demostraremos más adelante con la historia en la mano, y otros, cuya autenticidad es dudosa, deben acogerse con prudente reserva, porque es muy fácil en cualquier estado social, hacer perder la reputación más acrisolada, á consecuencia de una calumnia propalada con dañado fin.

En prueba de esta verdad, tenemos á la vista la biografía de Roger de Lauria, escrita y publicada recientemente en París, al fin de la que leemos estas textuales palabras: *A un courage indomptable, il joignait la perfidie et la cruauté; avec le génie d'un grand homme de mer, il eut l'âme d'un pirate.*<sup>2</sup> Esto está dicho, pero no probado. Conveniente sería saber en qué se funda la calificación de perfidia, así como su proceder de pirata.

Hemos visto en las dos batallas que describimos anteriormente, la una verificada en 1283, en Malta, contra el valiente Almirante francés Guillermo Cornut, y el cobarde Vice-almirante Bartolomé Bouvine, y otra en Nápoles en Junio de 1284, contra el príncipe de Salerno. Con relación á la primera, hemos demostrado que en vez de proceder el Almirante catalán con perfidia y dolo, sorprendiendo la escuadra provenzal durante el silencio de la noche, cuando todas las tripulaciones dormían sin temor alguno de sorpresa, como hubiera hecho un audaz pirata, mandó por el contrario un buque ligero, anunciando al Almirante francés que á la salida del sol del dia siguiente, entraría en el puerto para atacarle, lo que se verificó noblemente, y se peleó cara á cara, como debe hacerlo un caballero que se precia de tal. Con referencia á la de Nápoles, se presentó la escuadra catalana en la entrada del puerto, excitando al príncipe á que saliese con la suya á alta mar, en donde probaron sus fuerzas, como hemos visto, sin embargo de ser mucho menor el número de buques catalanes, huyendo gran parte de los franceses amedrentados: ¿en dónde fué, pues, la perfidia de Roger de Lauria? Sangriento y porfiado fué el combate encima de la cubierta

de la capitana enemiga, no obstante de ser la tripulación más numerosa que la de la galera catalana, y que se hallaba en torno del príncipe, para defenderle á todo trance, la flor de la nobleza francesa, y en vez de dejar el Almirante catalán que se hundiera el buque con los que lo tripulaban, según hubiese hecho un pirata, le dió por el contrario la mano al príncipe vencido y lo hizo pasar á su galera con todos los caballeros, conduciéndolos sanos y salvos al puerto de Mesina, con los demás prisioneros y heridos; y ¿es ésta la crueldad que el escritor francés atribuye al generoso Roger de Lauria en su biografía?

Nada de extraño tendría, que los historiadores franceses procurasen rebajar el mérito de nuestro Almirante, en venganza de las continuas derrotas que sufrieron sus compatriotas, tanto en el mar como en tierra firme; lo lamentable es, que nosotros los españoles les hayamos dado el ejemplo: en efecto, el retrato de este héroe, bajo tantos conceptos célebre, lo ha trazado Quintana en estas palabras:

“Ningún marino, ningún guerrero le ha superado antes y después en virtudes y prendas militares, en gloria y en fortuna. Era de estatura más pequeña que grande; alcanzaba grandes fuerzas, y su compostura grave y moderada anunciaba desde su juventud la dignidad y autoridad que había de tener. En las ocasiones de lucimiento y en las justas y torneos nadie podía igualarle en magnificencia ni contrastar su esfuerzo y destreza. Es lástima que juntase á tan grandes y bellas cualidades, la dureza bárbara que las deslucía: *su corazón de tigre* no perdonó jamás; y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, se hacía indigno de las victorias que conseguía. Puede excusarse en parte este gran defecto con la ferocidad de los tiempos en que vivió, y con la naturaleza de aquellas guerras verdaderamente civiles.”

Poco generoso fué el biógrafo español con Roger de Lauria, y don Manuel José de Quintana falta ostensiblemente á la verdad histórica en muchos de los pasajes de su biografía. Hemos referido en los dos primeros combates contra los franceses, uno en Malta y otro en Nápoles, que después del vencimiento en uno y otro encuentro, en vez de arrojar al mar á los prisioneros y heridos, como viene á suponer Quintana, á pesar de ser considerable el número de unos y otros, los respetó por el contrario llevándolos á Mesina, para entregarlos á la reina D.<sup>a</sup> Constanza. ¿En dónde está, pues, esta supuesta crueldad con los prisioneros del heróico vencedor? Mas todavía; cuando llegó que fué Roger de Lauria al puesto de Mesina con los prisioneros, se sublevó la ciudad pidiendo la cabeza del príncipe de Salerno, la reina D.<sup>a</sup> Constanza en unión con el Almirante, accordaron librartle del furor popular, y Roger, que fácilmente podía entregarlo á la turba amotinada, lejos de demostrar su supuesta ferocidad, mandó disfrazar al príncipe de soldado catalán hizolo desembarcar sigilosamente, y lo condujo con el mayor cuidado al castillo de Matagrifon, á fin de librarse de todo atropello. Ahora bien: ¿es ésta la conducta de un pirata como llama á Roger de Lauria el biógrafo francés? ¿No merecía este acto de magnanimitad que el biógrafo español Quintana lo refiriese exactamente en el estudio de nuestro almirante? Dejamos á la consideración pública que avalore el patriotismo del autor de aquel escrito con relación al héroe catalán, callando, quizás intencionalmente, los hechos que le honran.

Feroces y sanguinarias fueron, como dice Quintana, estas inícuas guerras, por el deseo de poseer la Sicilia; y parece imposible que en unas naciones cultas y civilizadas, como eran á la sazón la Francia, la Italia con su cabeza Roma, y el reducido reino de Aragón, se verificaran combates navales verdaderamente piráticos, y batallas campales esencialmente caribales ó vandálicas en que se cometían actos, cuyas

descripciones espeluznan; y sin embargo, pasaban dichos actos sanguinarios casi desapercibidos, y no se espeluznaban los guerreros que los efectuaban, ni los pueblos á cuya noticia llegaban; tal es la costumbre, y tan dañoso el ejemplo; digalo sino el horror de las *Vísperas Sicilianas* en las que los hombres se convirtieron en verdaderos tigres.

Muchísimos ejemplos podríamos aducir en este momento de los actos bárbaros y salvajes que menciona la historia, cometidos durante aquellos ominosos y azarosos siglos de desconcierto y crueldad, y nos limitaremos aquí á mencionar solamente los que tienen íntima conexión con la historia de nuestro héroe, quien, por causas que no conocemos, ha sido vilipendiado y calumniado de una manera atroz, atribuyéndole, con dañada intención, hechos horribles, en los que no sólo no tomó parte, sino que ni siquiera presenció. Los acontecimientos á que aludimos corresponden al año 1285.

Refiérese el primero á la gloriosa y al propio tiempo inesperada victoria que alcanzaron contra la armada francesa, los animosos Alrantes catalanes Ramon Marquet y Berenguer Mallol, quienes, con solas 11 galeras, vencieron las 24 mandadas por el Almirante Guillermo Ledeva.

Sabedores los Almirantes catalanes mencionados, que la escuadra de Ledeva se hallaba fondeada delante de San Feliu de Guixols, á fin de unirse al grueso de la armada francesa, que descuidada se hallaba en la bahía de Palamós, para ir á sitiar Barcelona, resolvieron atacarla antes de reunirse, á cuyo fin las 11 galeras se dirigieron denonadadamente contra las enemigas, especialmente contra la capitana que montaba el Almirante Ledeva. El ataque fué brusco y terrible, pero breve; sin dar casi tiempo á los buques franceses á prepararse, las galeras catalanas, cuyas tripulaciones se componían en su mayor parte de *almugáveres*, abordaron las enemigas cuchillo en mano, según solían, y según vimos en la batalla de Malta, y en un momento los puentes de los buques se cubrieron de destrozados cadáveres, y al ver esta carnicería, sin duda el Almirante Ledeva diría lo que dijo el Almirante Cornut en Malta. "Oh Deus! ques aço ¿e que gent es aquela? aço no son homens ans son diables," y estos diablos con solas 11 galeras destrozaron las 24, haciendo muchos prisioneros, entre ellos al Almirante Ledeva.

Este acto de valor hubiera sido glorioso y digno de elogio, si contentándose los dos Almirantes victoriosos con recoger los prisioneros, hubiesen regresado á Barcelona inmediatamente; pero aquí entra la crueldad: Marquet y Mallol mandaron en seguida echar á pique dos de las galeras apresadas, llenas de prisioneros y heridos, y temerosos de ser perseguidos por la armada francesa, que salió de Palamós en su busca, abandonaron también en su fuga las cinco galeras que habían apresado.

La entrada de las galeras vencedoras en la playa de Barcelona fué una verdadera ovación: un populacho inmenso las aguardaba, y en medio de mil aclamaciones, desembarcaron los victoriosos marinos, á cuya cabeza iban los dos Almirantes, para presentarse al rey don Pedro, entregándole al Almirante francés y demás prisioneros, y á buen seguro que en medio de aquella alegre algazara, no hubo una sola persona que se compadeciera de las infelices víctimas que yacían en el fondo del mar, encerrados dentro de las galeras echadas á pique de una manera tan infíca. Esta indiferencia manifiesta cuan acostumbrados estaban los pueblos á la sazón á tales barbaridades, y consideraban héroes á los que las cometían.

Hemos citado este pasaje histórico con preferencia á otros mucho más horribles, toda vez que no falta escritor moderno, que ha atribuido esta barbaridad á Roger de Lauria, lo que es puramente falso;

y ni en la crónica de Desclot, de quien hemos copiado este lamentable acontecimiento, ni ninguno de los historiadores contemporáneos que hemos examinado, hace partícipe de él á Roger de Lauria, por la sencilla razón de que cuando ocurrió, no se hallaba él en España; de modo que es una odiosa calumnia, indigna de pechos nobles; siendo probable que á alguna ó algunas de estas calumnias se deba la fama de *cruel y sanguinario* que desdora al valiente Almirante catalán.

Esta sangrienta batalla naval se dió á mediados de Julio de 1285, y en 24 de Agosto siguiente aportó en Barcelona la armada catalana que se hallaba al mando de Roger de Lauria en los mares de Sicilia, y por orden de D. Pedro volvió á salir inmediatamente, á fin de detener la armada francesa, que, como se ha dicho, iba á poner sitio á la referida ciudad.

La armada catalana llegada de Sicilia se componía de 30 buques bien tripulados y pertrechados, á la que se unió la de los Vice-almirantes Ramon Marquet y Berenguer Mallol, formada de 10 galeras, las mismas que acababan de triunfar en San Feliu Guixols; y además otras cuatro, sin duda procedentes de Tarragona, al mando de un caballero de la noble familia de Montoliu; en conjunto 44 galeras, número muy inferior al de la armada francesa, provenzal y genovesa, mandada por los Almirantes Bailleul y Enrique de Mar.

Ambas armadas se encontraron al anochecer del dia 27 de Agosto del mencionado año, en las aguas de Palamós y Palafurgell.

El Almirante Roger de Lauria supo por sus espías en donde se hallaba la escuadra enemiga, muy descuidada, y por ellos conoció también el número de buques que la formaban, de mucho superior al de los que él poseía; pero sin arredrarse, resolvió atacarla inmediatamente, y como se venía la noche encima, en vez de emplear la perfidia, como dice el biógrafo francés, agena al carácter de nuestro Almirante, envió un buque ligero al francés, previniéndole *noble y cortesmente* que se preparase, pues iba á atacarle aquella misma noche, como así lo verificó.

El combate fué terrible y sangriento: la mayor parte de las galeras francesas no pudieron resistir el vigoroso empuje de las catalanas, pues muchas fueron echadas á pique, y las demás abordadas, promoviéndose una confusión indescriptible.

Al ver el destrozo, el Almirante Enrique de Mar huyó cobardemente, llevándose las galeras que pudo, quedando la victoria por Aragón, siendo hecho prisionero el Almirante Bailleul con 50 caballeros de la alta nobleza francesa, y además 260 soldados y marineros y 300 heridos, que fueron humanitariamente distribuidos en las 13 galeras aprehendidas.

La escuadra vencedora de Roger de Lauria hizo rumbo á Barcelona, entregando al rey D. Pedro todos los prisioneros y heridos, respetados unos y otros, sin dañarlos y maltratarlos en lo más mínimo durante el viaje, con lo cual queda desmentida la calificación que hace Quintana de nuestro héroe, cuando asegura "que tenía el corazón de tigre, no perdonando jamás y abusando con tal crueldad de su superioridad con los vencidos y los prisioneros, que se hacía indigno de las victorias que conseguía."

He ahí otra calumnia desvanecida; pero no paran estas aquí, y dejaremos hablar al cronista Desclot, quien como testigo ocular, refiere lo que hizo el rey D. Pedro el Grande con los prisioneros y heridos que se hallaban en su poder; y dice textualmente así:

"El rey d' Arago (D. Pere) qui era llavors en la ciutat de Barcelona, e tots los de la ciutat, quan saberen les novelles, hagueren molt gran goig; e no fo maravella. E al bon matí feu pendre aquells trescents homens naffrats (heridos) que havia presos en les galeres e traguels en terra, e feu los infilar en huna corda, e puix ligals

a huna popa de huna galera, e feu los rastrar dins en mar a vista de tot hom que veure u vulgues. E moriren tots aqui. E puix pres tots aquells docents xixanta homens que romanien que no eren nafrats; e feu los traure a tots los ulls, e enfilats en huna corda; e hac hun hom de aquells en leix, a qui no trasch sino la hun ull, per tal que menas los altres. E tots enfilats la hu devant l' altre, trames los per presentalles al rey de França."

He aquí, pues, la suerte que cupo á aquellos desdichados, cuyo solo delito era servir como fieles soldados á las órdenes del rey de Francia; pero quedaron libres de tan terrible castigo los cincuenta nobles y el Almirante Bailleul, que rescataron su vida con dinero. ¡Tal es la justicia de los hombres!

Entonces, pues ¿qué calificación daremos al desapiadado y rencoroso autor de esta horrible hecatombe?

La contestación es muy sencilla: si Roger de Lauria, contra su humanaria costumbre de respetar á los prisioneros que se habían rendido, y curar á los heridos, conduciéndolos á tierra firme, hubiese degollado impunemente en alta mar á los primeros, y echado al agua á los segundos, hubiera sido, con razón, calificado de *corazón de tigre*, de *cruel* y de *pirata*, y otros epítetos semejantes, por haberlo así merecido; pero se trataba de un rey poderoso é irresponsable, y toda esta crueldad pasó desapercibida, de modo que en vez de tratarle la historia de *feroz* y de *inhumano*, como era de razón, ha premiado por el contrario estos y otros actos análogos que cometió durante su reinado, concediéndole el honorífico título de *Grande*, como es y será conocido por toda la posteridad. Tal es, repetimos, la justicia de los hombres.

Pero con relación á Roger de Lauria, la injusticia con él cometida, á que nos referíamos arriba, no paró allí: el venerable y, al parecer, probo analista aragonés, Gerónimo Zurita, en sus *Anales de Aragón* (Lib. IV, cap. 68) hace mención de este horrendo acontecimiento, verificado ostensiblemente en Barcelona, en presencia del rey, que horripiló á los honrados y pacíficos habitantes de la ciudad condal; pero en vez de mencionarlo tal como lo explica el verídico cronista Bernardo Desclot, testigo ocular de aquel triste acontecimiento, y cuya relación acabamos de copiar textualmente en las líneas que preceden, lo altera, por el contrario, de una manera desleal y arbitraria, con notable perjuicio y en desdoro del Almirante Roger de Lauria.

En primer lugar, divide el relato de Desclot en dos: calla capciosa é intencionalmente la primera mitad, en la que se describe el inhumano y espeluznante hecho de mandar D. Pedro ahogar de una manera inicua y cruel á los 300 infelices heridos, tal como queda expuesto; y sospechamos que esta calculada omisión de Zurita, fué con la idea de no infamar la memoria de D. Pedro III de Aragón, uno de los progenitores de Felipe II. En la segunda mitad del mencionado relato de Desclot, referente al sanguinario y desapiadado acto de mandar don Pedro sacar los ojos á los 260 desdichados prisioneros, que no tuvieron dinero para rescatarse, remitiéndolos por escarnio así mutilados al rey de Francia, el analista Zurita copia exactamente á Desclot, pero con notable mala fe y dolo, pues en lugar de decir como éste, que fué el rey quien lo dispuso, atribuye, por el contrario, este horrible hecho á Roger de Lauria, que no tuvo en él intervención alguna, ni consta en ninguna parte.

No puede comprenderse bien, porque una persona tan respetable, como era el erudito autor de los *Anales de Aragón*, cayese en la debilidad de cometer tan grave é inoble falta, cual fué la de mancillar con una fea calumnia la buena fe y reputación de un personaje tan eminente como Roger de Lauria. Esta calumnia es tanto más reprobable, cuanto fué propalada después del fallecimiento de la persona á quien iba dirigida, y que, por tanto, no podía defenderse.

Es igualmente vituperable, á causa de que, habiéndose publicado en su importante obra la noticia de tan execrable acontecimiento, toda Europa se convenció, bajo la fe de una autoridad tan respetable, que el Almirante catalán Roger de Lauria era el autor de aquella sanguinaria cruenta, y por lo mismo acreedor á ser considerado como un sér feroz, inhumano y horrible, indigno de ocupar ó desempeñar el distinguido cargo que le confiaron sucesivamente tres monarcas de Aragón, y en este caso indigno también de la gloriosa fama de guerrero insigne y sin rival, como pomposamente lo califica el mismo Zurita en el panegírico que le dedica en su citada obra, los *Anales de Aragón*, al referir su fallecimiento en el libro V, capítulo 68, cuyo contexto hemos transcritto con sus mismas palabras é íntegramente, al comenzar este sencillo opúsculo.

Cómplice de esta repugnante é innoble calumnia contra la reputación de Roger de Lauria, fué el conocido compilador D. Narciso Feliu de la Peña, autor de los *Anales de Cataluña*, sin embargo de tener á la vista, como Zurita, la crónica de Desclot, según lo manifiesta él mismo en su citada obra, pues incurre también en el libro XI, cap. 20, al igual de Zurita, en el mismo lamentable hecho de ocultar la mitad del relato de Desclot, en que este refiere el ahogamiento en la playa de Barcelona, verificado por orden de D. Pedro el Grande, de los 300 desdichados heridos que había humanamente salvado Roger de Lauria; y también, al igual de Zurita, atribuye al citado Almirante, el bárbaro atentado de D. Pedro, de mandar sacar los ojos á los 260 infelices prisioneros, enviándolos así ciegos al rey de Francia; de manera que la obra de Feliu de la Peña, *Anales de Cataluña*, publicada y muy popularizada durante los primeros años del siglo pasado, contribuyó á propalar y perpetuar la calumnia inventada por Zurita, extendiéndose, gracias á las relaciones adulteradas de ambos historiadores, por todo el mundo civilizado.

Pensamos que tanto Zurita, como Feliu de la Peña, toda vez que no querían dañar la memoria del rey de Aragón D. Pedro III el Grande, habrían obrado más convenientemente callando todo el relato del cronista Desclot, sobre ambos horribles acontecimientos, y de esta manera no hubieran ofendido al que cometió el inhumano crimen, ni manchado con una mentira la fama del grande Almirante, que como queda dicho, no tomó parte alguna en su ejecución.

Si reprobable es el proceder de Zurita y Feliu de la Peña, al imputar á Roger de Lauria un delito atroz que no había cometido, como acabamos de exponer, no lo es menos la conducta observada por el escritor D. José Quintana, puesto que si aquellos dos analistas aplicaron á Roger de Lauria la mitad de la noticia que el cronista catalán antes citado insertó en su Crónica de D. Pedro III, relativa al acto feroz que cometió este públicamente en Barcelona, callándose la otra mitad; el referido Quintana, en su biografía del Almirante Roger de Lauria, la insertó toda, pero atribuyendo ambos hechos en totalidad al ilustre Almirante; de manera que, si aquellos infirieron una sola calumnia al héroe catalán, este la completó, deshonrando su memoria, y de ahí parte la calificación de *cruel, sanguinario, feroz, inhumano*, y los demás epítetos denigrantes, que maliciosamente le prodigan sus numerosos detractores.

Nos hemos detenido en detallar estos dos episodios sangrientos, movidos por el deseo que nos anima, de contribuir por nuestra parte y en cuanto nos sea posible, á esclarecer los hechos en busca de la verdad, entre la enmarañada confusión que reina en la historia de los acontecimientos desastrosos ocurridos durante aquellos aciagos tiempos, porque es muy posible, que, al igual de los dos sucesos que aludimos arriba, se hayan atribuido á Roger de Lauria, hechos apócrifos, ú otros en los que no tomó parte, como, supongamos, los que suce-

dieron después de la batalla naval dada en frente de San Feliu de Guixols por los Vicealmirantes catalanes Ramon Marquet y Berenguer Mallol, vulnerando dé esta suerte é injustamente la buena reputación del gran Almirante, pudiendo esperarse esto y mucho más de los numerosos enemigos que éste tuvo durante su vida militar.

Esto no es decir, sin embargo, que algunas veces no hubiera delinquido el marino catalán, infringiendo las leyes humanitarias y caritativas que nos prescribe nuestra Santa Religión, y cuyo ejemplo nos dió el Salvador del género humano; y en el caso que así fuese, los desaprobamos de todo corazón; pero no debemos extrañarlo, atendido que, según dijimos antes, la historia de aquellos tiempos está llena de ejemplos de horribles cruelezas, cometidas por monarcas y magnates poderosos, las cuales pasaban poco menos que desapercibidas á la sazón, sin que nadie las desaprobase; tales eran las costumbres establecidas entre las naciones lindantes con el Mediterráneo.

La misma Francia, que tanto ha blasonado siempre de marchar á la cabeza de la civilización europea, ofrece en las páginas de la historia de aquellos ominosos tiempos, sobre todo durante el reinado de Felipe III el *Atrevido*, actos de horrible crueza y sangrienta venganza, cuando su fracasada invasión en Cataluña, que nada son comparados con los que hemos mencionado de D. Pedro de Aragón, ni tampoco con los que se atribuyen, con razón ó sin ella, á nuestro ilustre Almirante Roger de Lauria, cuya memoria han contribuido á vulnerar los franceses, humillados, á pesar de su grandeza y poderío, por el héroe catalán, en cuya vindicación pondremos un sólo ejemplo de bárbara crueza, entre otros que podríamos escoger, cometidos por los franceses, en comprobación de lo dicho.

Empeñado el rey de Francia, Felipe el *Atrevido*, en conquistar el reino de Aragón, sobre todo Cataluña, penetró en el Rosellón, entonces catalán, en el mes de Abril del año 1285, con un formidable ejército de 150.000 infantes y 18.000 caballos, siguiéndole por las costas catalanas, una armada compuesta de 150 galeras de guerra, bien tripuladas, y otras 150 de transporte, destinada á bloquear la ciudad de Barcelona.

Formaba la vanguardia de este poderoso ejército, un cuerpo de 6.000 hombres, mandados y pagados por el cardenal legado, monseñor Juan Chollet, de origen francés, enviado al lado del rey de Francia contra el rey de Aragón, por el papa Martín IV, autorizado por una bula pontificia expedida en Orvieto en 13 de Enero de 1283, en la que se otorgaban horas, dispensas e indulgencias á todos los que se alistasen en esta cruzada, concediendo, además, á todos los que muriesen peleando contra las tropas del rey de Aragón, indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados, al igual de si tomasen parte en la conquista de Tierra Santa.

Este desorganizado y heterogéneo cuerpo se componía de franceses, picardos, provenzales, flamencos y lombardos; una gran parte de ellos eran fanáticos, y los demás gente de mal vivir, ladrones y desalmados, quienes en sus marchas dejaban tras de sí un reguero de sangre; los franceses daban á esta multitud desarrapada, el ridículo nombre de *Cruzados*.

Las primeras empresas del ejército expedicionario francés, se verificaron conquistando las ciudades catalanas del Rosellón, Perpiñán, Colliure y Elna: en las dos primeras entró el enemigo á traición, pero en la desventurada Elna, los cultos y文明ados franceses cometieron actos tan sangrientos y feroces, que la descripción de ellos hace erizar el pelo, y no hay palabras capaces para explicar lo que allí sucedió, en presencia y autorización del rey de Francia y por orden expresa del Cardenal legado. Allí no hubo compasión ni misericordia, ni se escapó de la insensata ira del rey y del Cardenal Chollet persona al-

guna de cualquier clase, condición, sexo, ni edad que fuese; todo fué sacrificado; y en testimonio de esta verdad, copiamos literalmente lo que escribió sobre tan horrendo suceso el cronista Desclot, en cuyo tiempo acaeció esta terrible e inhumana hecatombe, dice así:

“..... Mas lo poder de fora (sitiadores) era tant, e donaren los tantes batalles, que, ans que de aqui partissen, preseren la vila per força, e entraren dins. E aqui lexaren se anar a homens e a fembres e a infants, axi que no y guardaren res; ans entraren en les sgleyes de la vila e robaren les, e trencaren les creus e les ymatges dels sants que y eren, e gitaren ho tot a perdicio; e gitaren les reliquias dels sants que y eren. E prenien los infants petits, e batien ne les parets, e puix jahien e forçaven les fembres vidues e poncelles e les altres, que no y guardaven reverencia de sgleya ne de altar; ans jahien ab elles aqui e leix. E puix com hi havien jagut tant com volien, occien les e nafraven les mala-ment; que no y valia merce clamar ne cridar nulla res; que hanch tan gran legea, ne tan gran cruentat no fo feta per gens de nenguna ley de crestians, ne juheus, ne pagans; que major cruentat fo que aquella del rey Erodes, com feu occuire los ignocens en la ciutat de Betlem.”

“E quan la vila d' Euna fon presa, e els Francesos hagueren morts tots los homens e les fembres qui eren en la vila, enderrocaren totes les cases e els alberchs de aquella vila, que hanch no y romas quaix pedra sobre altra; descobriren les sgleyes e meteren hi foch, e cremaren tota la vila, que legea era qui la veyá; e puix lexaren la estar. E partiren se de aqui tots ensembs ab gran goig e alegre. Mas sol aquest peccat los deguera destruir tots, com sis feu; aquest ab d' altres, e puix ne feren e compraren ho be.” (Desclot, cap. CXLI.) (\*)

El cronista, también contemporáneo de estos horribles acontecimientos, *En Ramon Muntaner*, al hablar de ellos en el capítulo CXXI de su Crónica, explica que salieron de la ciudad catalana de Elna, sitiada por los franceses, su obispo, precedido de las cruces y de todo el clero, y seguido de multitud de mugeres y niños, á fin de impetrar del rey de Francia y del Cardenal legado compasión para los infelices e inermes habitantes de la ciudad; mas al postrarse el prelado delante del rey implorando misericordia, fueron allí mismo degollados todos inicuamente, inclusas las mugeres y los niños. Por esta brillante hazaña, digna de un Atila, en vez de una reprobación general y de ser anatematizados los autores de estos horrendos crímenes y sacrilegios, dándoles los epítetos denigrantes de *feroces, crueles, pérfidos y sanguinarios*, títulos que los franceses prodigan al excelso Almirante Roger de Lauria, con mucho menos motivo, al Cardenal legado se le otorgó por la Corte pontificia la aprobación de todos estos inhumanos actos, recibiendo ardorosos plácemes por su vandálica conducta, y al rey de Francia le condecoraron con los explendorosos títulos de *Glorioso y Atrevido*. ¡¡Tal es la justicia de los hombres cuando les domina la pasión.....!!!

Roger de Lauria fué gran Almirante de Cataluña y Aragón durante los reinados de D. Pedro III, de D. Alfonso III su primogénito, de don Jaime II segundogénito, y muy poco tiempo en el agitado reinado de D. Fadrique, hijo tercero de D. Pedro.

Al morir D. Alfonso, dejó en su testamento heredero de sus reinos y señorios á su hermano D. Jaime II, á la sazón rey de Sicilia, con la condición, no obstante, de que entregase á D. Fadrique el reino de Sicilia e islas adyacentes, y en el caso de que D. Jaime prefiriese continuar en el reino de Sicilia, nombraba por heredero del reino de Aragón, Cataluña y Valencia á D. Fadrique.

El Almirante Roger de Lauria con su armada pasó á Sicilia para conducir á D. Jaime á Cataluña; el rey había sabido la noticia de la

(\*) Sobre este punto véase en la *Historia de Cataluña*, por D. Victor Balaguer, Libro V, Capítulo XXXIV, Tomo IV, página 243, muchos más detalles.

muerte de D. Alfonso, con copia del testamento, por conducto de un caballero catalán llamado Ramón de Manresa ó Manresano.

En el mes de Julio del año 1291, se embarcó D. Jaime en Messina, después de haber otorgado testamento, en la armada mandada por Roger de Lauria, compuesta de 14 galeras. Don Jaime con solapada intención, dejó como gobernador de Sicilia á D. Fadrique, su hermano, en vez de entregarle el reino, como disponía el testamento de D. Alfonso. Al llegar el rey á Barcelona, y antes de salir para reunir Cortes en Zaragoza, hizo una protesta ante varias personas de distinción, contra la cláusula testamentaria, en la que señalaba á D. Fadrique por rey de Sicilia; igual protesta hizo en Zaragoza á los diputados reunidos en Cortes, manifestando que no quería separar la corona de Sicilia de la de Aragón, en prueba de lo cual, nombró á D. Blasco de Alagón, gobernador de la Calabria en 24 Septiembre de 1291.

Uno de los primeros cuidados de D. Jaime al llegar á Barcelona, fué el de apaciguar los ánimos de la alta nobleza de Cataluña y Aragón, dividida en bandos, que levantados en armas, dirimían sus contiendas en ensangrentados combates. Mucho consiguió, en efecto, don Jaime, más á pesar de todos sus esfuerzos, no logró de manera alguna poner de acuerdo á los Almirantes Roger de Lauria y Bernardo de Sarriá, tan enconado y profundo era el odio que mútuamente se profesaban ambos personajes.

En el mes de Diciembre del mismo año (1291), se celebraron en Calatayud grandes y suntuosos regocijos y festejos públicos, con motivo de haberse reunido en dicha ciudad los reyes de Aragón y Castilla. En estas brillantes fiestas fué notable un torneo ó justa, en la que era sostenedor Roger de Lauria, y según el cronista contemporáneo *En Ramon Montaner*, el Almirante salió vencedor en todos los encuentros, no obstante de haberse presentado la flor y nata de la nobleza castellana, catalana y aragonesa.

A fin de poner en seguridad las costas de Sicilia, mandó el rey don Jaime que saliese Roger de Lauria en la primavera del año 1292, con una armada de 30 galeras en dirección á Calabria, y no muy lejos de Cotrón desembarcó sus tropas en busca de los enemigos, á los que batíó completamente, haciéndoles gran número de prisioneros, entre ellos y mal herido á su general Guillermo Estandart. Sin perder tiempo, se dirigió luego con su armada á la Morea, apoderándose de las ciudades de Malvasia y Corfú; saqueó la isla de Chio, y después de un combate sostenido en el puerto de Modón, del que salió victorioso, regresó en el mes de Octubre á Mesina, lleno de laureles, de botín, de cautivos y de despojos.

Mientras el héroe catalán proporcionaba á su patria lauros que le enaltecían, el rey de Aragón por el contrario, secreta y arteramente iba á cubrir de lodo la honra inmaculada del pueblo aragonés y catalán, anulando de una plumada los esfuerzos que de consumo D. Pedro III y D. Alfonso, su padre y hermano *respective*, habían verificado para conseguir el engrandecimiento y gloria de su patria durante los quince venturosos años de su excelso reinado.

Bien conocía el segundo de aquellos dos ilustres reyes, la veleidad de su hermano D. Jaime, al otorgar á D. Fadrique el reino de Sicilia en su testamento, considerándole por su entereza de carácter, digno de ser su sucesor. Hemos visto la conducta que observó D. Jaime al pretender anular aquella acertadísima disposición testamentaria, movido, sin duda, más de cavilosos celos, que de ninguna otra razón de estado.

Deseoso el papa Benedicto VIII, de llevar á efecto el plan trazado por sus antecesores, desde muchos años, de apoderarse de la Sicilia para entregarla á los franceses, procuró por medios artificiosos y bajo

pretexto de la paz general, captarse la benevolencia de D. Jaime II, á fin de que no pusiera obstáculos á la realización de aquel tan ambicionado proyecto, ofreciendo sagazmente gracias apostólicas al débil e inconstante monarca de Aragón, que no supo conocer aquella añaga-za del astuto Pontífice.

Estos rumores llegaron hasta Mesina, por lo que justamente alarma-dos los mesineses reunieron el Parlamento, al objeto de conjurar la tempestad que se les venía encima, acordando en consecuencia, enviar una embajada al rey D. Jaime, pidiendo que si había resuelto abandonar la Sicilia, eligiera por rey de ella á D. Fadrique. D. Jaime oyó tranquilo el discurso que le dirigió con suma elocuencia uno de los embajadores, Pandolfo de Falcón; pero el rey tranquilizó á los enviados asegurándoles falazmente, que de lo que se trataba era solo dejar la isla de Sicilia á D. Fadrique, pero bien lejos de esto, algunos días después, con todo secreto tuvieron una entrevista el rey D. Jaime y D. Carlos de Anjou, rey de Nápoles, pretendiente al trono de Sicilia, en el Rosellón, entre el *Coll de Panisars* y la *Junquera*, en 14 de No-viembre de 1294, según expresa el analista Gerónimo Zurita.

Lo que se concertó en este nefando conciliáculo entre los dos reyes, antes tan rivales y enemigos, fué tan secreto, añade el analista, que no se pudo entender otra cosa, que estar muy conformes en procurar por su parte cada uno de los dos, todos los medios que se pudiesen hallar para concordarse; pero evidentemente lo que se trató fué ponerse de acuerdo para verificar la venta de la isla de Sicilia, al papa y al citado Carlos de Anjou, pacto clandestino y maquiavélico, toda vez que se habló de un asunto en el que, según las leyes y las con-viencias públicas, se exigía el conocimiento y la aprobación de las Cortes de Cataluña y Aragón, así como la aprobación del Parlamento siciliano; y aun así, se necesitaba también la aquiescencia del Príncipe D. Fadrique, su legítimo propietario, según la cláusula del indicado testamento de D. Alfonso.

El papa Bonifacio, interesado en conseguir sus proyectos á toda costa, pidió una entrevista á D. Fadrique, para persuadirle á que no pusiera dificultades, y este convino en satisfacer los deseos del Sumo Pontífice, á cuyo efecto emprendió el viaje á Roma, á disgusto de los sicilianos, acompañándole Roger de Lauria y Juan de Proxita. Esta entrevista se verificó entre *Veletri* y *Agnunani*: recibióles el astuto Pon-tífice con muestras de cariño y afecto; cogió con ambas manos la ca-beza de Fadrique besándole en la frente, y al verle tan airoso con su armadura, con toda galantería le dijo: ya se gallardo joven que desde niño estas acostumbrado á llevar las armas; y sin aguardar contesta-ción, y dirigiéndose á Roger de Lauria le preguntó: "Eres tu tal vez aquel adversario y enemigo de la Iglesia, que ha quitado la vida á tanta multitud de gentes?" á lo que sin inmutarse y lacónicamente le contestó: "Padre Santo, ello es hecho, y la culpa de ello la tienen vuestros antecesores y aun vos mismo."

Separadamente hablaron el papa y D. Fadrique, procurando aquel engañar al joven príncipe, ofreciéndole que en cambio de la Sicilia le haría emperador de Oriente y darle por esposa á Catalina de Courte-nay, hija de Felipe, último emperador latino. Pero por muy sagaz que fuese el papa, no lo era menos D. Fadrique, quien bien pronto hubo de conocer lo burdo de la trama, en el supuesto, que si quería un imperio había de conquistarlo, arrojando de él á su legítimo poseedor Andró-nico Paleólogo; pero lo principal era que aun no se había consultado la voluntad de la novia. D. Fadrique regresó á Sicilia, dejando en su lugar para entenderse con el papa, á los embajadores Juan de Proxita y á Manfredo Lanza, quienes bien pronto supieron que la paz estaba ya firmada, y en consecuencia regresaron á Mesina.

En efecto, en 5 de Junio de 1295 se firmó el tratado de paz en *Agnuna-*

ni, por los embajadores de Aragón, Nápoles y Francia, en virtud del cual D. Jaime tomaba por esposa á D.<sup>a</sup> Blanca de Anjou, hija de Carlos II de Nápoles, y contraía la obligación de devolver al papa la Sicilia, la Calabria é islas adyacentes, tal como se hallaban antes de las célebres *vísperas sicilianas*, comprometiéndose el rey de Aragón á coadyuvar con todas sus fuerzas á la sumisión de la Sicilia á favor de la Santa Sede, ó lo que es lo mismo, á favor de Carlos de Anjou.

He aquí un extracto del tratado convenido entre la Francia, el reino de Aragón, Nápoles y el Sumo Pontífice Benedicto VIII, el cual fué firmado en *Agnani*, á la sazón residencia del papa, por los embajadores de Aragón que eran D. Gelaber de Cruillas, D. Guillen Durfor, D. Pedro Costa y D. Guillen Galban; y por parte de D. Carlos de Anjou, allí presente, en unión con el papa y del rey de Francia, fueron nombrados comisionados el conde de Alezon, el obispo de Orleans y el abad de San German de Prats, siendo su data en el mes de Febrero de 1295.

Según este convenio, el rey D. Jaime no debía ya contraer matrimonio con D.<sup>a</sup> Isabel, infanta de Castilla, sino con D.<sup>a</sup> Blanca, hija de D. Carlos II de Anjou, rey de Nápoles, á la que se le señalaba un cuantioso dote.

En virtud del mismo, no solo se obligaba D. Jaime á entregar á la Santa Sede la Sicilia, la Calabria y todas las islas y tierras adyacentes, sino que prometía al papa y á los reyes de Francia y de Nápoles, ayudarles con todo su poder á someter la Sicilia. Sin embargo, á pesar de la ayuda prometida por D. Jaime, no se comprometía éste ni respondía de lo que hiciesen algunos de los ricos-hombres, barones y caballeros de su reino cuando se les acomodase, y podían igualmente pasar al servicio de otros señores, sin que esto les sirviera de mengua, ni se considerara como una traición á la patria.

Separadamente, y por otro tratado secreto, el papa prometió al rey de Aragón hacerle donación absoluta de las islas de Córcega y Cerdeña, en remuneración de la perdida de Sicilia en virtud del mencionado concordato; pero de todos modos el verdadero perdidoso era el rey de Aragón.

Por muy secreta que se llevó la formación de este inícuo convenio, no lo fué tanto que no llegase á noticia de los infelices sicilianos, quienes reunieron sin perder tiempo el Parlamento, nombrando embajadores para que hablaran con D. Jaime contra este convenio: dichos embajadores eran Cataldo Rosso, Santoro Bisalá y Hugo de Talach, quienes encontraron al rey de Aragón en el pueblo de Vila Bertran, y le expusieron su demanda. El rey sin titubear les manifestó que en efecto, el tratado de paz estaba ya firmado, en virtud del cual él cedia voluntariamente los reinos de Sicilia y Calabria á la Iglesia Romana y al rey Carlos de Anjou, su suegro.

No hay palabras bastantes para expresar la turbación de los embajadores al oír la confesión del rey, y el comisionado Cataldo Rosso, en presencia de los ricos-hombres, barones, caballeros y altos dignatarios de la corte que rodeaban al rey, manifestó el profundo disgusto que sentían en aquel momento los emisarios, quienes en nombre y representación de todo el pueblo de Sicilia protestaban de aquel falaz tratado, y que desde aquel momento se eximían del señorío y naturaleza que le debían, considerándose desligados de todo compromiso, homenaje y juramento de fidelidad que le hubiesen prestado, y en libertad de elegir rey á quien quisieran.

Esta protesta la aceptó el rey, extendiéndose formal escritura que firmó, la cual los comisionados recogieron, emprendiendo desde luego el viaje de regreso á Sicilia, á donde llegaron vestidos de luto, y el Parlamento en nombre de la nación, eligió rey á D. Fadrique, dignísimo hijo de Pedro el Grande, al que en el acto juraron fidelidad.

El cambio brusco é inesperado de política del rey D. Jaime, causó, como era de esperar, una profunda perturbación en el reino de Sicilia. El nefando é inmotivado abandono de la isla por el rey de Aragón entregándola ínterme á la astuta política del Vaticano y á las iras de la Francia, hubiera sido la ruina inminente de la risueña y poética patria de los Ciclópes y Lestrigones, si la Providencia no la hubiese oportunamente deparado un excelsa príncipe, digno heredero de D. Pedro el Grande y D. Alfonso el Liberal, en la persona de D. Fadrique, verdadero antítesis del veleido rey de Aragón, que con ánimo varonil y generoso emprendió la titánica tarea de reorganizar y dar libertad y autonomía al reino de Sicilia, á pesar de los tres poderosísimos enemigos que contra él se habían congregado.

Felizmente se aliaron para apoyar al generoso príncipe en su arriesgada empresa, varios varones ilustres, casi toda la nobleza siciliana, catalana y aragonesa que se hallaba en la corte de Mesina, declarándose á favor de D. Fadrique, así como otros llegados nuevamente de Cataluña y Aragón, ofreciéndose al príncipe, siendo uno de ellos D. Blasco de Alagón que abandonando á D. Jaime pasó secretamente á Sicilia, y fué uno de los caudillos más fieles de D. Fadrique. Igualmente se declaró partidario del príncipe, el célebre Almirante Roger de Lauria, declarando á viva voz, que desde luego el hijo tercero de D. Pedro le correspondía, como ya elegido, el reino de Sicilia bajo el título de Federico III; he aquí como lo explica el cronista Muntaner.

"Que tots los capdals e cavallers e syndichs de ciutats e de viles fossen a jorn cert a Palerm; que ell (Fraderich) se volia coronar rey, e volia que tuyt lo jurassen. E al jorn que los fo donar hi foren tuyt, e aqui hach grans gents de cathalans e aragonesos, e de llatins, e de calabreses e dels altres llochs del regne. E com tots foren ajustats al palau reyal, ço es, a la Salavert de Palerm, lalmirall preyca e dix los moltres bones paraules, que feyen al temps que tenien entre mans. E entre les altres coses quels dix, mostralos, per tres rahons, que aquest senyor era aquell terç Fraderich que les profesies deyen que devia venir e esser senyor del imperi e de la mayor part del mon. E les rahons eren aquestes: que era cert, que era lo terç fill quel senyor rey En Pere havia; e daltra part que era lo terç Fraderich que havia senyorejada Sicilia, e daltra part, que seria lo terç Fraderich que es estat emperador de Alemany, per que per bon dret li podia hom dir Fraderich terç, rey de Sicilia e de tot lo regne que si pertanya. E sobre a ço tuyt se llevaren á una veu, e cridaren;—Deus do vida a nostre senyor, lo rey Fraderich terç, senyor de Sicilia e de tot lo regne!"

A esta entusiasta peroración de Roger de Lauria á favor de la elección de D. Fadrique por rey de Sicilia, siguió otra no menos entusiasta de Vinchiguerra de Palizzi, aprobando cuanto acababa de exponer su amigo en defensa del nuevo rey; ya algunos días antes Roger y Palizzi habían ido al castillo de Catalanisseta, para convencer a Ramon de Alemany á que se declarase á favor de D. Fadrique, como así se efectuó, siguiendo su ejemplo Juan de Proxita, Mateo Termini, Manfredo de Claramonte y otros encastillados, partidarios de D. Jaime, quienes desaprobaron la conducta irregular observada por el rey de Aragón, con relación á su hermano.

Por lo dicho, pues, no podemos dudar de la buena fe del nuevo Almirante Roger de Lauria, y por lo mismo es completamente falso que hubiera directa ni indirectamente tenido participación en el fatal convenio firmado en *Aginnani* pocos meses antes, como algunos han sospechado, y todo parecía encaminado á una feliz solución; sin embargo, esta paz y tranquilidad era aparente, pues se acercaban los días de discordia y de desconsuelo para los habitantes de la risueña Sicilia.

En efecto, bien pronto cundió la noticia de que la cuádruple alianza había ya, en virtud del convenio, roto las hostilidades. El rey de Ná-

poles D. Carlos de Anjou, vuelto de Roma, preparó su ejército e invadió militarmente la Calabria, dirigiéndose á poner sitio á Roca imperial. El rey Fadrique consultó inmediatamente al Parlamento de Palermo lo que convenía hacer, y todos sus individuos, sin excepción, convinieron en que se reunieran todas las fuerzas de la isla para atacar sin tardanza al ejército invasor francés. D. Fadrique partió inmediatamente á Mesina, y dispuso que la armada siciliana al mando de Roger de Lauria, se preparase á hacerse á la vela mientras el ejército terrestre se reunía á toda prisa para marchar al encuentro del enemigo.

Mientras se efectuaban estos movimientos de tropas en Sicilia, Blasco de Alagón, gobernador de la Calabria, había ya tenido algunos choques contra las tropas francesas, que se habían apoderado de la fuerte plaza de Esquilache; pero habiéndose reunido el ejército de D. Fadrique con las tropas de Blasco de Alagón, después de recios combates se rindió la ciudad.

Dueños de Esquilache, el ejército de D. Fadrique se dirigió á la ciudad de Catanzaro, bien situada y guarneida, bajo al mando del valeroso conde Pedro Rosso, adicto á Carlos de Anjou. Como esta empresa era muy árdua, á causa de la fortaleza y fidelidad de su guarnición, D. Fadrique creyó conveniente establecer su campamento no muy lejos de la ciudad (seis millas), y desgraciadamente también al mismo tiempo el genio de la discordia sentaba allí sus reales, causando su influencia notables perjuicios á la noble causa de la Sicilia, como veremos más adelante.

Conocidas por D. Fadrique las grandes dificultades que presentaba la conquista de la ciudad de Catanzaro, reunió su consejo de guerra, á fin de consultar á los jefes del ejército, si convenía ó no sitiaria *incontinenti*, ó apoderarse antes de algunos castillos y plazas de segundo orden, á fin de dejar aislada aquella ciudad.

Hubo en el consejo gran número de pareceres y mucha confusión. El Almirante, en unión de notables jefes del ejército, creían conveniente aplazar la toma de Catanzaro hasta después de la conquista de las demás plazas de aquel territorio, á fin de dejarla aislada; pero el rey opinaba por el contrario, que convenía más atacarla en seguida. Oídas las razones de unos y otros, prevaleció el parecer de D. Fadrique, que dejaba desairado al Almirante y á los de su opinión; esto en sí nada tenía de particular; todos los días hay consejos de guerra, y no pocos vocales de mucho mérito están en minoría, y sin embargo no se consideran desairados; pero el asunto que nos ocupa tiene un aspecto muy diverso; Roger de Lauria tenía muchos émulos y envidiosos en la corte de D. Fadrique, y estos enemigos ocultos no dormían, por cuyo motivo dijimos antes que el espíritu de discordia se había introducido en el ejército real, y precisamente, y como es sabido, la envidia es un poderoso auxiliar de la discordia. El parecer del Almirante era puramente científico, y las razones que emitió en el consejo estaban apoyadas en la razón y la experiencia, y consideramos que al exponerlas lo hizo sin pasión alguna: no obstante, muy en breve circuló por el campamento la voz de que, Roger había procurado que no fuese Catanzaro sitiada con preferencia, á causa del parentesco que le unía con el conde Pedro Rosso, gobernador de la ciudad.

Muy reñida fué la defensa de la plaza y costó mucha sangre; más al fin, el gobernador hubo de conocer que la resistencia era inútil; pero la fatalidad quiso que el conde para tratar de la rendición hiciera llamar al Almirante, lo que dió pábulo á los envidiosos y á los que no lo eran, para confirmar la sospecha de connivencia; y aquí dieron principio las desconfianzas. D. Fadrique otorgó cuarenta días de plazo á los sitiados para rendirse, en el caso de que no fuese auxiliada la ciudad por las tropas de Carlos.

Apenas terminado este incidente, que pasó casi desapercibido, ocurrió otro muchísimo más grave y trascendental. Durante el armisticio, el ejército real se hallaba sobre Cotrone, cuya guarnición también, como en Catanzaro, pidió y alcanzó un plazo para entregarse; pero en mala hora acaeció, que los soldados franceses de la guarnición se indispusieron con los vecinos de la ciudad, y hubo un choque sanguinario entre unos y otros; los habitantes de la ciudad amedrentados pidieron ayuda á las tripulaciones de la armada de Roger, quienes á pesar de la tregua, y sin permiso de nadie, invadieron la ciudad, y pelearon con los soldados de la guarnición, los cuales temerosos se encerraron en el castillo, y los marinos comenzaron á robar y saquear las casas. Cuando el rey tuvo de ello noticia, tal como se hallaba desarmado, montó á caballo, tomó una maza de armas, y acudió con algunos caballeros hacia la parte del castillo para detener las gentes, é hirió y mató algunos que andaban robando, por estar los franceses debajo de la tregua. Más no fué este socorro tan presto que no se hubiese hecho mucho daño; pero lo que se pudo hallar, mandó el rey que se restituyese á Pedro de Rigibal, que era el gobernador que tenía la guarnición, puesta por Carlos, y que lo restante se pagase de su cámara; y mandó, además, que por cada uno de los franceses muertos, se soltasen dos de los que estaban al remo de las galeras: este acto de D. Fadrique fué muy recomendable y generoso.

El Almirante que tenía un carácter irascible, se presentó al rey, quejándose de lo que acababa de practicar, pero en términos poco respetuosos, recordándole sus servicios, y en su irritabilidad hizo renuncia del almirantazgo, añadiendo, que presto vendría tiempo que sus émulos y envidiosos se hallarían tan embarazados en los hechos y negocios de su reino, que conocería cuan sencilla y fielmente servía Roger á su príncipe, y con que sobra de buena fe. El rey con más moderación de lo que era de esperar, oídas estas acres palabras del Almirante, le contestó recordándole, que sus servicios estaban pagados con exceso; que se hallaba ya cansado de tanto orgullo, y que no quería sufrir más; por tanto, que ya podía marcharse á donde quisiera, aunque fuese con sus enemigos. Felizmente se hallaba presente durante esta diatriba, Conrado de Lanza, cuñado del Almirante, y hombre de grande autoridad y consejo, y muy afecto al monarca, se interpuso y consiguió ponerlos otra vez de acuerdo. Templado ya Roger de su inoportuna cólera, pidió perdón á D. Fadrique y este disimuló su enojo, reconciliándose ambos: pero los enemigos de Roger, que estaban siempre sobre el aviso, tomaron más ánimo para dañarle en lo sucesivo, á fin de desconceptuarle ante el rey y hacerle sospechoso; pero es lo cierto que Roger de Lauria pasado este desagradable acontecimiento continuó prestando grandes servicios á D. Fadrique y á la noble causa de la Sicilia, en San Severino, en Rosano y en otros puntos, con toda fidelidad, como veremos más adelante, lo que prueba qué es falso que estuviere á la sazón vendido á don Jaime, como generalmente se le imputa.

Efectivamente, todas las apariencias de infidelidad estaban de acuerdo contra el Almirante, porque es cierto que éste se hallaba entonces en correspondencia con D. Jaime, y tenía además confabulaciones con emisarios enviados expresamente por el rey de Aragón; pero, repetimos, no nos queda duda de que las intenciones de Roger eran leales, en beneficio de la paz y libertad de la Sicilia, y en pro de D. Fadrique, reconociéndole dignísimo sucesor de D. Pedro y don Alfonso; pues no podemos dudar de que, el Almirante Roger de Lauria, distinguido militar, hombre experimentado y encanecido en los combates, había de tenerle muy preocupado la idea de cual sería la situación futura de la Sicilia, por más que al presente todo se ofrecía halagüeño y próspero á los gobernantes en la corte de D. Fadrique,

quienes todo lo veian de color de rosa, y no obstante se hallaban encima de un volcan próximo á estallar. No se le ocultaba al Almirante en su previsión, que si bien la Sicilia podía luchar con ventaja contra el rey de Nápoles, no era lo mismo que resistir los esfuerzos de las tres potencias que la habian declarado la guerra á toda costa, las cuales unidas eran sobrado poderosas para pulverizarla en el caso de creerlo conveniente, y que el momento de la catástrofe no se hallaba muy distante. Es de saber, también, que si bien Roger de Lauria era catalán de corazón, no dejaba de ser hijo de Sicilia, en donde tenia sus deudos y sus cuantiosos bienes; por tanto, columbraba en lontananza dias de luto y desolación para su verdadera patria, y por más que discurriera, no veía otra solución al problema, que recurrir al tutor natural de Sicilia, el rey D. Jaime de Aragón, porque en efecto, aun cuando era uno de los tres declarados enemigos de los sicilianos, era también el único que podía conjurar la tempestad que iba á estallar sobre la isla.

El Almirante vituperó, como gran parte de la nobleza catalana y aragonesa, el nefando tratado firmado en *Agnani*, pero lo respetó como un hecho consumado; y á pesar de que era muy cariñoso amigo y compañero desde la infancia de D. Jaime y de D. Fadrique, sus simpatías, sin embargo, le inclinaron á este último, sin que por ello faltase á la amistad con el rey de Aragón, siendo muy posible que como amigo tuviera con él correspondencia más ó menos íntima; por tanto, sin otro dato comprobante que se nos ofrezca, las acusaciones de los émulos de Roger, son cuando menos eventuales ó infundadas.

Que el carácter de D. Jaime, al contrario de su padre y hermanos, era muy veleidoso e inconstante, lo demuestran sus mismos hechos: pruébalo en primer lugar el acto de protestar contra la cláusula testamentaria de D. Alfonso, su hermano, en la que disponía éste, como expusimos, que se nombrara á D. Fadrique rey de Sicilia, lo que rechazó D. Jaime con pretexto de no separar la Sicilia de la monarquía de Aragón, y casi á renglón seguido, en el convenio de *Agnani* renuncia voluntariamente todos sus derechos al trono de Sicilia, conquistada por su padre y hermano, derramando raudales de sangre catalana y aragonesa, para entregarla impune y alevosamente á sus mortales enemigos, el Papa y Carlos de Anjou, rey de Nápoles, dejando en consecuencia despojado á su hermano del reino que le correspondía. En el mismo convenio, renuncia el matrimonio contratado con escritura pública en Diciembre de 1291, con la infanta D.<sup>a</sup> Isabel, hija de D. Sancho el *Bravo* de Castilla, para dar la mano á D.<sup>a</sup> Blanca de Anjou, hija de Carlos II de Nápoles en 29 de Octubre de 1295. Apenas consumado el matrimonio con D.<sup>a</sup> Blanca, se observan ya indicios en la conducta de D. Jaime, de arrepentirse de haber firmado aquel bochornoso y ominoso tratado, remordiéndole, sin duda, la conciencia de haber falazmente consentido en despojar de sus derechos á su hermano, como ya veremos más adelante.

Es muy presumible que Roger de Lauria, conociese bien las intenciones secretas de D. Jaime con referencia á los intereses de su hermano, siendo muy probable que le hubiesen sido comunicadas reservadamente por conducto del P. Fr. Pedro de Corbelles, predicador y confesor de D. Jaime, con quien tuvo dicho almirante una larga e interesante conferencia, cuyo objeto nadie ha podido averiguar: pero sospechamos que se referiría á ver como podía mejorarse la situación de D. Fadrique y de la Sicilia, antes que se rompiieran las hostilidades, según exigía el cumplimiento de uno de los principales artículos del convenio de *Agnani*: hé aquí, pues, explicado á nuestro ver, la causa de las cartas y conferencias que daban motivo á las acusaciones, que dieron pábulo á la envidia de los enemigos de Roger, y de desconfianza al suspicaz rey de Sicilia.

Por este mismo tiempo llegaron al puerto de Mesina, en Febrero de 1297, como embajadores del rey D. Jaime, el obispo de Valencia, su canciller, y Guillen de Namontaguda, de su consejo privado, en cuatro galeras, con encargo de pedir á la reina D.<sup>a</sup> Constanza y la infanta D.<sup>a</sup> Violante, su hija, que se fuesen con ellos á Roma á celebrar las bodas concertadas entre la infanta y Roberto, duque de Calabria y heredero del rey Carlos de Anjou, y al propio tiempo presentar á D. Fadrique una carta credencial, en la que principalmente le pedía que se sirviera tener una conferencia con él en una de las islas de Ischia ó Prócida, al objeto de tratar asuntos importantes. Para la ida de su madre y hermana, no opuso dificultad alguna, pero con referencia á la entrevista con su hermano, D. Fadrique se excusó diciendo que no quería resolver nada sobre este punto, que no lo acordase el Parlamento, al que con la brevedad posible lo consultaría.

Mientras esto ocurría en Mesina, el Almirante Roger de Lauria con su armada iba á llevar socorro á la ciudad de Roca imperial, sitiada por el conde de Monforte, obligándole á levantar el sitio. Se dirigió luego con su armada á las costas de Pulla, y desembarcando durante el silencio de la noche con sus tripulaciones, fué á asaltar la ciudad de Leche, que se halla á diez millas del mar, la entró á saco, y llevó todo el botín á Otranto, ciudad abierta, pero con excelente puerto; mandó reparar sus muros y fortalecerla con baluartes, y luego que lo supo D. Fadrique, envió para su defensa buena guarnición, y tres galeras, poniendo de gobernador á D. Berenguer de Entenza. Dejando el Almirante bien asegurada la ciudad de Otranto, se encaminó con su armada al puerto de Brindis, que estaba defendido por un cuerpo de tropas provenzales y francesas al mando de un valeroso general llamado Godofredo Jonville; para esta empresa mandó Roger sacar de las galeras la caballería que solía llevar para los desembarcos. Los franceses se parapetaron en un puente que era de gran defensa para la ciudad: el Almirante empeñado en sacarlos de allí, tuvo que hacer grandes esfuerzos y se combatió con extraordinario valor. Encima del puente pelearon cuerpo á cuerpo el Almirante y el general francés Jonville, que quedó muerto en el acto, y su tropa se esparramó, buscando en la fuga su salvación. Esta batalla de Brindis, ganada por Roger de Lauria, acrecentó la fama que tenía de invencible.

Regresó el Almirante Roger á Mesina, con más victorias que años, y allí el obispo de Valencia le entregó en manos propias una carta del rey D. Jaime, en la que le pedía que se empeñase con D. Federico para que accediese en tener con él una entrevista, á fin de tratar asuntos que redundarían en grande *honra* y *acrecentamiento* *suyo*.

El rey D. Fadrique, según lo expuesto, reunió el Parlamento en la ciudad de Piazza, al objeto de contestar á la proposición de D. Jaime, y en el Parlamento, Roger de Lauria pronunció un largo discurso, manifestando que él creía conveniente la entrevista entre los dos reyes, para conocer los intentos de D. Jaime, que tal vez podían ser aceptables, y no era prudente desoirlos: que no convenía indisponerse abiertamente con el rey de Aragón, ni tenerle por enemigo, á causa de ser mucha su pujanza por mar, infinitamente mayor de la que tenía la Sicilia, y en el caso de guerra, consideraba imposible la resistencia, pues habrían de ceder después de las calamidades que lleva en sí una lucha civil: que nada se perdía en oírle, y si no era de interés lo que iba á proponer el rey de Aragón, la Sicilia volvía á quedar libre de sus acciones, y entonces con conocimiento de causa y con prudente calma, se resolvería lo más conveniente. Con estas y otras fundadas razones, el cauto y experimentado guerrero concluyó su discurso, insistiendo en que se verificase la entrevista propuesta.

Muchos de los concurrentes al congreso aprobaron las consideraciones expuestas por el práctico almirante; pero tomando la palabra

D. Fadrique, mostró contraria opinión á la que había expuesto Roger de Lauria, y su discurso más entusiasta que prudente, prevaleció en el Parlamento, decidiéndose á resistir con las armas en la mano, en el caso posible de una agresión, viniera de donde viniese.

Roger de Lauria disimuló el disgusto que le produjo la contestación del joven é inexperto rey; pero, á pesar de todo ello, continuó leal á la Sicilia, al frente de su escuadra.

Vuelta la corte de D. Fadrique á Mesina, Roger le enseñó otra carta recibida recientemente de D. Jaime, en la que le decía fuese á encontrarle; pidió entonces el almirante permiso al rey, ofreciendo delante de Conrado Lanza que solicitaría de él lo que conviniese á su servicio; pidióle, además, dos galeras para pasar á Calabria á abastecer los castillos que tenía en aquella provincia, y D. Fadrique consintió en ello, dándole las dos galeras.

En este entretanto no dormían los émulos de Roger; el discurso pronunciado en el Parlamento á favor de D. Jaime, sin que nadie presumiera la previsora intención que tuvo el almirante al emitirlo, les dió á sus enemigos armas suficientes para desconceptuarlo en el ánimo del rey, manifestando éstos, que Roger y el rey de Aragón estaban de mancomún, resueltos á perder la Sicilia, y lo probaban, por una parte las continuas conferencias, tenidas secretamente con los emisarios de D. Jaime, é igualmente las cartas que recibía del mismo con sobrada frecuencia; y finalmente lo demostraba también el viaje verificado al objeto de fortificar los castillos que Roger poseía en la Calabria, todo en disposición de aguardar la invasión cuando se llevase á cabo.

De presumir es, que atendido todo este cúmulo de circunstancias, y atendido también que el ánimo de D. Fadrique venía ya preparado desde algún tiempo, la tempestad había de estallar de un momento á otro, como por desgracia sucedió, verificándose la ruptura definitiva de relaciones entre Roger y el rey de Sicilia: en efecto, al regresar el primero á Mesina de su expedición á Calabria, pasó como buen vasallo á saludar al rey, en ocasión de hallarse toda la corte reunida á su alrededor, y en el momento de querer besarle la mano, según costumbre, el rey, con desdén la retiró: admirado Roger de Lauria de este público desaire, al que no estaba preparado, le preguntó con extrañeza la causa de aquella novedad, á lo que D. Fadrique contestó que ya él no era de los suyos, ni sabía en qué cuenta le tuviese, pues se entendía con sus enemigos, y estaba confederado con ellos, mandándole en seguida que quedase arrestado en el palacio. Al oír Roger la orden del monarca, enardecido y arrebatado por la cólera, á la que era tan propenso, le contestó: *“Nadie hay en el mundo que pueda privarme de la libertad, mientras el rey de Aragón esté con ella, ni es este el galardón que mi lealtad y mis servicios han merecido.”* esto dicho, se apartó en un ángulo de la sala. Dos caballeros sicilianos que se hallaban entre los concurrentes, Manfredo de Claramonte y Vinchiguerra de Palizzi, que tenían gran autoridad con el rey, salieron por sus fiadores, y le llevaron á su casa.

Durante la misma noche, Roger de Lauria salió de Mesina á caballo, acompañado solamente de tres amigos, y se dirigió á uno de sus castillos que tenía en la Calabria, desde donde envió la suma que sus fiadores se habían obligado, manteniéndose luego retirado, sin ánimo entonces de vengarse por el desaire del rey, ni de entregarse á los enemigos de Sicilia. ¡Ojalá que el ex-almirante hubiese conservado esta prudente reserva, con lo que se hubiera indudablemente evitado el gran derramamiento de sangre, de hermanos contra hermanos, como no tardó en suceder.

Terminada la misión que había llevado á Sicilia á los embajadores del rey de Aragón, trataron estos de regresar, á cuyo fin avisaron á

D.<sup>a</sup> Constanza y á D.<sup>a</sup> Violante, á que se dispusieran para partir á Roma, en donde se debían verificar los desposorios con el príncipe Roberto, llevando también aquéllos la negativa de D. Fadrique á la demanda de D. Jaime para la deseada é incógnita entrevista entre los dos monarcas, contestación que indispensablemente hubo de ofender mucho á éste, atendidos los desagradables incidentes que ocurrieron al discutirse la demanda en el Parlamento de Piazza, lo que podía tomarse ya como una declaración de guerra.

D.<sup>a</sup> Constanza, verdaderamente afligida, á quien no se le ocultaban las graves consecuencias del mal paso dado por D. Fadrique en la tal negativa, manifestó á éste su deseo de partir con los embajadores, y el de llevarse para acompañarlas á su ahijado Roger de Lauria y á su antiguo protector, el anciano Juan de Próxita. El rey, que desconfiando de ambos personajes tenía grandes deseos de arrojarlos del reino, dió su permiso y salvo conducto para ambos, de ida, pero no de vuelta. Roger, sobrado astuto, previendo las intenciones del rey, antes de abandonar sus castillos de Calabria, dispuso que los alcaldes que tenía en ellos, obedecieran en un todo las órdenes de su sobrino Juan de Lauria, en quien tenía gran confianza.

En efecto, la reina D.<sup>a</sup> Constanza, con su hija D.<sup>a</sup> Violante y con grande acompañamiento de barones y caballeros se embarcó en Melazo en las cuatro galeras que llevó el obispo de Valencia. Así hubieron de salir casi echados de Sicilia, la reina D.<sup>a</sup> Constanza, siendo señora propietaria del reino como hija única de Manfredo, y también Juan de Próxita y Roger de Lauria, las principales columnas del trono de Sicilia, que á la sazón ocupaba el ingrato y desagradecido D. Fadrique, quien olvidó que en otros días no muy lejanos, gracias á los prudentes consejos y denodado valor de estos dos eminentes patricios, no sólo fué librado el reino del yugo y tiranía francesa, con grande derramamiento de sangre, sino afirmado el trono en donde aquél se asentaba en aquellos momentos; y ambos eminentes varones hubieron de ampararse en tierras del rey Carlos, á quien ellos más habían ofendido, el mismo que poco antes era su capital enemigo. No paró aquí la venganza del orgulloso D. Fadrique, sino que mandó en seguida confiscar los bienes que Roger poseía en Sicilia, tan importantes, que rentaban anualmente hasta treinta y tres mil onzas de oro, dicen las crónicas, y usurpándosele, además, las cuantiosas partidas de dinero que tenía depositadas en poder de mercaderes, y en caja, cuyas partidas ascendían á otras mil onzas de oro, cantidad que para aquellos tiempos, era suma de gran valor.

Así, pues, fueron arrojados poco menos que á puntillones, como si fueran perros sarnosos, las dos principales eminencias de Sicilia, con absoluta prohibición de volver á ella; y ¿quién, habiendo leído la historia de Sicilia, no acata y respeta la memoria del ínclito varón, el noble siciliano Juan de Próxita, el consejero privado y amigo íntimo del desventurado Manfredo, el que después de la fatal batalla de Benevento, se asoció con D.<sup>a</sup> Constanza para volver la libertad á la Sicilia, sojuzgada por los franceses al mando del cruel é inhumano Carlos de Anjou? ¿Y este era el pago y recompensa que debían recibir Juan de Próxita y Roger de Lauria, por haber allanado el camino del trono al ingrato D. Fadrique?

Los detractores de Roger le acusan de infidelidad y perfidia por haber abandonado á D. Fadrique, para pasarse al bando de los enemigos de Sicilia; esto no es exacto, como acabamos de manifestarlo en la relación que precede, de la que salimos garantes de su exactitud: Roger de Lauria fué siempre leal á su soberano, y hasta ahora nadie ha probado con datos irreprochables, que le hubiera sido infiel; á pesar de las apariencias, según queda dicho; y la verdad es, que antes de su expulsión de Sicilia, nunca quiso aceptar el cargo de Almirante

de Aragón, que distintas veces le había ofrecido D. Jaime, y para admitirlo, fué necesario que perdiese antes el carácter y título de siciliano, y se verificase la expoliación de todos los bienes que poseía en Sicilia. El cargo de Almirante de Aragón le fué conferido por el mismo D. Jaime, en Roma, en el mes de Abril de 1297.

Resuelto el casamiento de D.<sup>a</sup> Violante, su hermano, el rey de Aragón, fué á Roma con objeto de asistir á esta ceremonia, en el mes de Marzo del mencionado año, y allí se encontraron reunidos amigablemente y en familia, el citado rey de Aragón; el rey de Nápoles Carlos de Anjou; su hijo y heredero el príncipe Roberto, duque de Calabria; la reina D.<sup>a</sup> Constanza; su hija D.<sup>a</sup> Violante; Juan de Próxita, y Roger de Lauria, extraño y anómalo consorcio, formado de personas que representaban poco antes ideas e intereses tan diversos como contradictorios, y al presente se hallaban en perfecta concordancia; y se nos figura, que si el Omnipotente en su inmenso poder hubiese vuelto á la vida, siquiera por breves momentos, los frios despojos del excelsa monarca de Aragón D. Pedro el *Grande*, que dormían tranquilos en su sarcófago de Santas Creus, introduciéndolo súbitamente en el aposento donde se hallaban reunidos los personajes que hemos mencionado arriba, pertenecientes á las dos familias de Aragón y Anjou, en dulce y fraternal consorcio, ¡cuánta hubiera sido su sorpresa e indignación! Nos parece que en su justa y motivada cólera, habría procurado refugiarse pronto y nuevamente á su sepulcro, para no presenciar tamaña humillación, de ver unirse en indisolubles lazos ambas familias en una: los agravios y violencias inferidas por la casa de Anjou á la de Aragón eran de tal naturaleza, que hacían casi imposible cualquier transacción.

A buen seguro, que si en aquellos solemnes instantes hubiera podido hablar el rey D. Pedro á los individuos que componían aquel nefando conciliáculo, hubiese duramente interpelado á su hijo D. Jaime, jefe en la actualidad de la familia, diciéndole: «Es ésta, indigno hijo, la manera de cumplimentar mis mandatos sobre la suerte que destinaba á la isla de Sicilia, de la que en mala hora te hice gobernador general, que con legítimos derechos formaba una fracción ó parte de mis dominios de Aragón; conquistada á costa de raudales de sangre derramada por mis valientes y fieles vasallos sicilianos, catalanes y aragoneses? ¿No te causa vergüenza haberla vendido hace poco villanamente á los enemigos encarnizados de tu desdichado abuelo Manfredo, de tu padre y de tus dos hermanos, mis caros hijos Alfonso y Fadrique? ¿No te ruboriza el que como otro Esáu, hayas vendido tu pingüe herencia por un plato de lentejas, todo por el humilde honor de ser porta-estandarte (*Gonfalonero*) del papa, constituyéndose de esta manera todo un rey de Aragón en sumiso súbdito de la Santa Sede? ¿Y no te tembló la mano al darla de esposo á la hija del tirano rey, que quitó la vida á tu abuelo materno, en los llanos de Benavento? y finalmente, ¿no te horroriza, que en breve tus ejércitos compuestos de catalanes y aragoneses vayan bajo tu mando á combatir contra tu animoso hermano, puesto al frente de otros ejércitos asimismo compuestos de aragoneses y catalanes y dirigidos por generosos caudillos y ricos hombres de Aragón y Cataluña, en defensa de los legítimos derechos adquiridos para la corona de Aragón.....? Y dirigiendo luego la severa mirada á su ingrata esposa diciéndola: ¡Oh muger desnaturalizada! ¿Qué hiciste de tu inocente y cándida hija, mi querida Violante, que dejé confiada á tu maternal tutela? La has entregado atada de pies y manos al hijo del encarnizado enemigo de tu familia, al asesino de tu venerable padre, el rey Manfredo y el verdugo del desdichado Conradino; el que se ha lavado las manos con la sangre de tus más fieles vasallos, poniendo todos los medios de arrebatar la herencia que de hecho te correspondía. ¿Y no te horroriza

que haya de bendecir la nefanda unión de tu hija con sus enemigos, el sacerdote, sucesor del que hace treinta años dispuso que se desenterrase el mutilado cadáver de tu desventurado padre, y fuese arrojado públicamente á un muladar, para que sirviese de pasto á hambrientos perros y asquerosas alimañas, como si hubiese sido un animal inmundo?

¿Y tu también, querido Roger, mi antiguo y fiel Almirante, te has decidido á intervenir en este inícuo cabildeo atentatorio á la libertad del reino de Sicilia, y á los intereses de mi familia? ¿A tu madura edad y práctica del mundo, no pudiste sospechar el origen de las sugerencias que te han movido á abandonar mi hijo y tu amigo Fadrique? ¿No adivinaste que lo que interesaba á nuestros ambiciosos y encarnizados enemigos era meter zizaña entre él y tú, movidos del deseo de llevar á cabo aquel sabio axioma *divide y vencerás*, y el otro no menos exacto, *en la unión está la fuerza*? ¿Y no conocisteis uno y otro los amaños puestos en juego por nuestro sagaz enemigo, de rodear al incauto y novel rey, de aduladores, tal vez venales, que con falacia introdujeron en el ánimo de D. Fadrique la desconfianza y el recelo, preparando así un rompimiento que era lo que les interesaba? Y finalmente, ¿no remuerde tu conciencia, que vas á ayudar con todas tus fuerzas á los hijos del tirano Carlos, causa de la muerte de tu desgraciado padre, defendiendo á su íntimo amigo el rey Manfredo, en la batalla de Benavento.....?

Efectivamente, todos los historiadores modernos, con más ó menos buena fe, atribuyen á infidelidad, y califican de fea ingratitud, el acto de abandonar Roger de Lauria á D. Fadrique y la Sicilia, precisamente en los más críticos momentos en que el Sumo Pontífice Bonifacio VIII apremiaba á D. Jaime, á que diese cumplimiento al compromiso contraido en el convenio de *Agnani*, de dar principio á la fatal guerra, en la que debían combatir hermanos contra hermanos, al objeto de que le fuese entregada la isla de Sicilia que tanto ambicionaba. Hemos demostrado en lo que precede, que el verdadero desagradecido fué D. Fadrique, toda vez que el ex-Almirante y Juan de Próxita salieron, no solo expulsados de Sicilia, sino que se les prohibía la vuelta á ella, movido todo por las delaciones de falsos consejeros, que con falacia consiguieron, en su odio contra Roger, aprovecharse de la desconfianza del rey de Sicilia.

Esta calificación de ingrato y de desleal que se aplica exclusivamente á Roger de Lauria, por su abandono de la Sicilia, es evidentemente una manifiesta injusticia, por que si culpa hubo, que no puede negarse, fueron copartícipes de ella por partes iguales, los tres principales personajes que figuran en el fondo de la historia de los primeros años del proceloso reinado de D. Fadrique, es á saber, Roger de Lauria, grande Almirante de Aragón y de Sicilia; D. Jaime II de Aragón, y el mencionado D. Fadrique rey de Sicilia y de Calabria, cuyo trono tanto ambicionaban Carlos II de Nápoles y el papa Bonifacio VIII durante estos mismos tiempos.

No puede negarse que Roger de Lauria era de un carácter tan irascible, que cuando le dominaba la cólera, no era dueño de sí mismo; pero al igual de todos los genios violentos, pasada la ira reconocía sus faltas, y esto está demostrado en que, después de las disputas entre el Almirante y D. Fadrique, en el sitio de Cotron, templada la cólera de Roger, él mismo fué á pedir perdón al rey, á quien acababa de ofender gravemente, olvidando en seguida las palabras ó reconvenencias que aquel le dirigió, según explicamos ya.

De presumir es, que á lo brusco de su carácter y violencia de su genio, debe atribuirse el gran número de enemigos y émulos que tenía entre los cortesanos de D. Fadrique, quienes, como hemos visto, consiguieron con arteras mañas indisponerle con el rey,

hasta expelerlo de la Sicilia, en menoscabo de los intereses del reino.

De una manera más ó menos directa, contribuyó también poderosamente á la estrepitosa caída del célebre almirante de Don Fadrique, la veleidad é inconstancia del rey D. Jaime. Ya en los párrafos anteriores hemos demostrado históricamente algunas de las expresadas veleidades á que nos referimos, y la caída del almirante es otra de las pruebas de esta inconstancia del rey de Aragón. Hemos manifestado igualmente la probabilidad de que Roger de Lauria conocía las intenciones secretas, ó parte de ellas, que motivaban el empeño del rey en tener una entrevista en Ischia con D. Fadrique, para tratar asuntos importantísimos, como dicen las crónicas. Cuáles eran estos importantes asuntos que debían ventilarse en la conferencia solicitada con tanta insistencia por el rey D. Jaime, son y han sido siempre un enigma impenetrable; pero presumimos que se relacionan íntimamente con los remordimientos que sentía el rey de Aragón, por los perjuicios que el fatal convenio firmado en *Agnnani* estaba causando á su hermano D. Fadrique y al reino de Sicilia, como también por los desastres que iba á ocasionar la funesta y fratricida guerra á que estaba comprometido D. Jaime, para arrojar injusta y deslealmente á su hermano del trono que le correspondía de derecho, y que ambicionaban el Papa y Carlos de Anjou.

Que sería de grande interés lo que iba á proponer D. Jaime á su hermano en Ischia, lo manifiesta la carta que de su propio puño escribió y entregaron los embajadores á D. Fadrique, así como otra del mismo que entregaron á Roger de Lauria, pidiéndole en ella que se empeñase en nombre del mismo D. Jaime con D. Fadrique, para que se verificase la entrevista enunciada, lo que cumplió exactamente el almirante, viniendo esto á confirmar la sospecha de que realmente participaba éste de los deseos del rey de Aragón, como así lo manifestó, hasta con entusiasmo, en el Parlamento de Piazza.

Este discurso pronunciado en pleno Parlamento por Roger de Lauria; el viaje que hizo con permisión de D. Fadrique á la Calabria, y la visita á D. Jaime, fueron el golpe de gracia que ocasionó la caída del almirante y su expulsión de la Sicilia, tan suspirada por los émulos que éste tenía en la corte de D. Fadrique; de manera, que esta caída venía ya preparada en el ánimo de D. Fadrique desde que Roger pronunció el mencionado discurso en Piazza, aguardando aquél solo una oportunidad para deshacerse del almirante, oportunidad que provocó estudiadamente D. Fadrique en Mesina, al darle el inmotivado desaire, en presencia de toda la corte reunida, según queda explicado; no se diga, pues, que el verdadero ingrato é infiel fué el almirante, sino que el pérvido y desagradecido á los beneficios recibidos, fué solamente el rey de Sicilia.

Destituido Roger de Lauria de su cargo de almirante de Sicilia, y ya en clase de simple particular, se retiró á sus posesiones de Calabria, en vez de ir en busca de D. Jaime, según hubiera verificado, á ser traidor como se le supone, y allí residió con ánimo de permanecer tranquilo é inofensivo; pero no era este, sin duda, el deseo del vengativo rey de Sicilia, pues hasta en su retiro le hacía sombra el ex-almirante, lo que induce á creer, que tal vez lo que dominaba el ánimo de Don Fadrique era la envidia del renombre que había adquirido Roger, á causa de sus innumerables triunfos, aspirando aquel vanidoso príncipe á operar en lo sucesivo con entera independencia; pero evidentemente existía inmensa distancia entre el novel guerrero y el invicto veterano, encanecido en los combates.

La casualidad quiso, á favor de los deseos del rey, que la reina D.<sup>a</sup> Constanza pidiera expontáneamente á su hijo D. Fadrique, que concediese el permiso de que le acompañaran á Roma, para asistir al

casamiento de su hija D.<sup>a</sup> Violante, su ahijado Roger de Lauria y el anciano Juan de Próxita, á lo que accedió el rey con gusto, consiguiendo éste así, y sin violencia, arrojar á ambos preclaros varones de su cara patria. "El rey, dicen las crónicas, *teniendo por sospechosos á Roger y á Juan de Próxita*, holgaba de que saliesen de su reino, les dió salvoconducto para la ida, pero no para la vuelta, embarcándose en Melazo en las cuatro galeras que llevó el obispo de Valencia. Así, pues,—añaden—salieron casi echados de Sicilia la reina D.<sup>a</sup> Constanza, siendo señora propietaria de aquel reino, y Juan de Próxita y el almirante, por cuyo consejo y valor fué la Sicilia librada del yugo y tiranía francesa, con gran derramamiento de sangre; y para mayor consideración de la variedad de los casos humanos, se fueron á recoger á las tierras del rey Carlos, á quien ellos más habían ofendido, y el que poco antes era su capital enemigo."

De modo que, según expresan los historiadores contemporáneos, esta expulsión violenta fué verificada sólo por simples sospechas de infidelidad. Hé aquí, pues, demostrado que el ingrato y el desleal no fué, como falsamente se dice, Roger de Lauria, sino el rey de Sicilia D. Fadrique, el hermano de leche y amigo desde la infancia del almirante, y el mismo que en unión de Juan de Próxita le allanó el camino del trono.

Para vengarse D. Fadrique de los imaginarios agravios que recibió del ex-almirante, en el mismo momento de llegar Roger á Roma, según dijimos, mandó confiscar todos los bienes e intereses que éste poseía en Sicilia; de modo, que siendo poco antes uno de los más ricos magnates de la isla, quedó pobre, sin otro recurso que las cortas propiedades que poseía en Valencia. (\*) Pero la venganza del rey no paró aquí, y aún no estaba satisfecha, sino que quiso apoderarse de las fortalezas que Roger poseía en la Calabria, poniendo sitio al castillo de Castellón en donde se hallaba la familia de Roger, el cual estaba defendido por buena guarnición, mandada por Juan de Lauria, sobrino de Roger, quien por más esfuerzos que hizo, no pudo sostenerse, rindiéndose en fin en el 27 de Agosto de 1297 con una honrosa capitulación, en virtud de la cual salieron sus defensores y toda la familia de Lauria, la cual se amparó en Nápoles, bajo la salvaguardia del rey Carlos. Para mayor escarnio, D. Fadrique declaró á Roger de Lauria enemigo público y rebelde al rey, ignorándose por qué motivo.

Cuando estos acontecimientos llegaron á noticia de Roger, su cólera no tuvo límite, y juró que se vengaría él también de Don Fadrique, pero de una manera sangrienta, así como de los émulos de la corte, sus enemigos, que ya conocía, los cuales formaban el consejo áulico del rey; pero es de saber que las venganzas del exalmirante eran terribles y sin apelación.

Hallándose el rey D. Jaime en Roma, el Sumo Pontífice le dió la investidura ó donación de las islas de Córcega y Cerdeña que poseían los genoveses y pisanos, y añadió también las insignias de general y *gonfaloner* de la Iglesia, con lo que quedó de hecho súbdito de la

(\*) En prueba del estado precario á que llegó el preclaro almirante Roger de Lauria, después de la expoliación ordenada injustamente por D. Fadrique, citaremos un documento importantísimo que menciona en su *Historia de Cataluña* nuestro apreciable y eruditísimo compañero D. Antonio de Bofarull y Brocà, en el tomo IV, página 56, que dice así: «En un breve fechado en Civitavecchia á 3 de las nonas de Setiembre del año 3.<sup>o</sup> de Bonifacio, éste participa á D. Jaime, que ha determinado socorrer á Lauria con dinero, galeras y gente, para sostener á su mujer e hijos, y los castillos que tenía en Sicilia, como también para defender la Calabria, por lo que espera que D. Jaime contribuirá á ello. Este interesante documento existe en el Archivo de la Corona de Aragón, Bula XXIII, legajo 21, de Bonifacio VIII.

Santa Sede. Desde luego el rey de Aragón nombró vicealmirante de la Iglesia á Roger de Lauria; éste admitió el cargo, toda vez que expulsado de Sicilia, se consideró libre de todo compromiso con Don Fadrique, reputándose desde entonces verdaderamente catalán.

D. Jaime regresó á Barcelona á preparar todo lo necesario, á fin de obedecer al papa, para la conquista de la Sicilia, y Roger partió algún tiempo después á Nápoles para reunirse con su familia refugiada allí bajo el amparo de Carlos de Anjou. Sabiendo éste que la ciudad de Catanzaro se había levantado á su favor, ordenó á Roger que con las tropas francesas y provenzales que tenía en la Calabria, fuese á socorrer aquella ciudad, sitiada por las tropas de D. Fadrique, á cuyo objeto el Almirante llevó consigo 300 hombres franceses, al mando de un jefe llamado Gofredo de Milli, los cuales se unieron con otros 400 que se hallaban de guardia en la plaza, bajo el mando del conde Pedro Rosso, de Malgerio Collipetra y del provenzal conocido por *Reforzado*.

Casi al mismo tiempo que llegaba Roger con el refuerzo á Catanzaro, acampaba cerca de la ciudad Blasco de Alagón, con 200 catalanes y aragoneses, gente veterana y aguerrida, entre ellos algunas compañías de *almugáveres*. Roger de Lauria salió de la ciudad al encuentro de las tropas de Blasco, en la confianza de vencerlas, atendido el superior número de soldados; pero no contaba que los franceses que tenía á sus órdenes, eran muy inferiores en táctica y valor á la tropa que había de combatir; repartió su caballería en tres escuadrones, poniéndose él en el cuerpo de vanguardia; en los dos del centro colocó á *Reforzado*, y la retaguardia la confió á Gofredo de Milli.

Blasco que no tenía tanta gente, la ordenó toda en un solo escuadrón cerrado, en forma triangular, al igual que hacemos nosotros, formando el cuadro para resistir á la caballería. Colocó á los *almugáveres* y á los ballesteros de las galeras, en un altozano que había cerca del río, que corre cerca de la ciudad, para que desde allí molestasen á la caballería. Naturalmente, los ballesteros dirigieron sus certeros tiros con preferencia á los jefes, y como Roger iba delante, pudo servir de blanco, y una flecha bien dirigida le atravesó el brazo derecho, y muchas otras hirieron mortalmente al caballo, el cual cayó muerto dentro de un valladar. Al ver caer al Almirante, el alférrez que iba á su lado y llevaba el estandarte con las lises de Anjou, le creyó muerto, y acobardándose volvió grupas á su caballo, ejemplo que siguió todo el cuerpo de caballería de la vanguardia que echándose encima de los que seguían, causó una confusión inexplicable, y un desorden tal, que se dispersaron en todos sentidos. Aprovecharon los *almugáveres* esta oportunidad, mezclándose con los franceses fugitivos cuchillo en mano, y Blasco de Alagón con su pequeño ejército de catalanes y aragoneses fué persiguiendo y acuchillando á los dispersos, hasta encerrarlos al anochecer dentro de Catanzaro, dejando el campo cubierto de cadáveres y heridos: muchos fueron los prisioneros franceses que se hicieron, especialmente jefes; dicen las crónicas, que el primero que huyó, fué el general francés Gofredo de Milli.

Afortunadamente la herida y caída de Roger de Lauria pasó desapercibida á los soldados de D. Fadrique, de lo contrario este hubiese sido el último dia de las glorias del Almirante. Blasco de Alagón creía que este había huido confundido con los fugitivos. Casualmente pasó por allí un soldado catalán llamado Pedro Satallanda, quien á vista de los esfuerzos que hacía Roger para salir, herido como estaba, de debajo del caballo, desmontó, le libró del peso que tenía encima, y dándole su caballo, pudo escapar, ayudado de las sombras de la noche, llegando sin otro tropiezo al castillo de Badulato.

Esta batalla se dió en 27 de Agosto de 1297, irritándose Roger de Lauria de la cobardía del ejército francés, que compuesto de 700

hombres, huyeron á la manera de un rebaño de tímidos cordeños á vista del lobo, de los 200 catalanes y aragoneses, que los destrozaron completamente, tomándoles 24 estandartes. A buen seguro, que sin los auxilios del rey D. Jaime, Carlos de Anjou, rey de Nápoles, con semejantes tropas jamás hubiera conquistado la Sicilia; los veteranos soldados catalanes y aragoneses que solía mandar Roger de Lauria, eran de otro calibre que los franceses y provenzales de aquellos tiempos, y nuestros toscos *almugáveres* se reían de ellos, y los consideraban como soldados bizoños ó simples reclutas; en lo que llevamos escrito en las anteriores páginas, queda demostrado cuan poca era su bravura.

Los adversarios de Roger de Lauria, con el ánimo de desautorizarle, le reputan vencido, y esto no es exacto; los vencidos fueron los cobardes soldados franceses, y la timidez y falta de valor y enerja de los jefes que los mandaban; el primero que huyó, según las crónicas y como hemos dicho antes, fué el general de las tropas del rey de Nápoles, Gofredo de Milli, que en vez de colocarse, como Roger, delante de los soldados franceses, á cuerpo descubierto como un valiente, se puso á retaguardia, aguardando el éxito de la batalla para escapar más pronto. "Enfadado Roger de Lauria, dice Feliu de la Peña en sus *Anales de Cataluña*, acusó con este motivo á los franceses de viles y apocados, porque en medio de la batalla, con afrentosa huida, habían dejado á su capitán abandonado en el campo de batalla. Roger fué á Roma á representar al papa y al rey Carlos de Anjou, que no podrían vencer sin el ejército que esperaban del rey de Aragón; y él, impaciente por la tardanza, se embarcó para Cataluña, pasando á Teruel donde se hallaba el rey detenido, para dar providencia á la guerra de Castilla; y después de comunicadas las órdenes convenientes, partió con Roger á Barcelona á prevenir la armada destinada contra Sicilia. Para favorecer á Roger de Lauria, añade, le dió el título de Almirante de Aragón, con gusto de Bernardo de Sarriá, que tenía el cargo." (Lib. XII, cap. VI.) Lo que tuvo efecto en el mes de Octubre de 1297. (\*)

La armada de D. Jaime salió de Barcelona, aportando en Ostia, desde donde el rey pasó á Roma á recibir de manos del papa Bonifacio, el estandarte de la Iglesia, dirigiéndose desde luego á Nápoles para incorporarse con la armada de Carlos de Anjou. La flota unida de Aragón y Nápoles se hizo á la vela desde este último puerto, en 24 de Agosto de 1298, llevando como jefe superior y capitán general de la Iglesia á D. Jaime; como segundo á Roberto, duque de Calabria, heredero presunto de la corona napolitana; como Almirante á Roger de Lauria; como Vicealmirante á Bernardo de Sarriá, y como legado del papa al cardenal Landolfo Volta.

La armada aragonesa constaba de 80 galeras, sin las otras naves ligeras ó convoyes; la flota siciliana se componía de 64 galeras, que estaba bajo el mando del Almirante genovés Conrado de Oria, dirigiéndose con ella á combatir la de Aragón. Dice un autor siciliano, que al saber D. Jaime los intentos de su hermano Fadrique, le envió embajadores aconsejándole que desistiese de tan temerario intento; que se volviese á Sicilia, y que procurase más bien poner en defensa los puertos y lugares marítimos, lo que le tenía más á cuenta; y siguiendo los prudentes consejos de su hermano, se volvió. He aquí, pues, otro dato que prueba la repugnancia, hija del remordimiento, de perjudicar D. Jaime á su hermano, según hemos indicado en los párrafos anteriores.

(\*) D. Antonio de Bofarull dice en su *Historia de Cataluña*, que D. Jaime había nombrado Almirante de todos los reinos de Aragón á Roger de Lauria, hallándose en Roma en 2 de Abril de 1297.

Salió la armada aragonesa del puerto de Nápoles, según queda dicho, en 24 de Agosto de 1298, y por consejo de Roger de Lauria fué á sitiatar la ciudad de Patti y seguidamente los fuertes castillos de Melazo, Nucaria, Monforte y otros, en el mes de Septiembre. Conseguida la victoria sobre estas plazas, y acercándose el invierno, la armada fué á invernar en Siracusa. Aprovechando las tropas de D. Fadrique la ausencia de la armada aragonesa, pusieron sitio á la ciudad de Patti, y sabiéndolo D. Jaime, mandó á Juan de Lauria con 20 galeras en socorro de la ciudad sitiada, mientras que Roger de Lauria atravesó la isla audazmente, con 300 caballos, é hizo levantar el sitio. Roger, regresó á Siracusa, y su sobrino Juan fué á abastecer los castillos, que estaban por Aragón, más allá del faro, y al regresar le estuvieron aguardando los mesineses con 22 galeras bien armadas, y al pasar por delante de Mesina la escuadra de 20 galeras, con bastante descuido, fueron de improviso atacadas por las 22 que salieron del puerto de Mesina, y sin grandes dificultades fueron apresadas 16, entre ellas la que montaba Juan de Lauria, que fué llevado con las naves vencidas á Mesina; las cuatro restantes escaparon á fuerza de remos.

D. Jaime, desde las costas de Melazzo escribió á su hermano que le devolviese las 16 galeras y los prisioneros, prometiéndole que si lo verificaba no pondría más los piés en la Sicilia; pero en vez de acceder á la demanda, por el contrario, en venganza de Roger su tío, el rey, por consejo de Conrado Lanza, cuñado del almirante, hizo que como rebelde y traidor, le fuese cortada la cabeza públicamente en Mesina, junto con Jaime de la Roca, otro de los prisioneros: la junta de los nobles de Sicilia, que rodeaba al rey D. Fadrique, acordó unánimemente que se llevase á cabo esta injusta sentencia, como se verificó; llamámosla injusta, por que en efecto, era inocente el joven Juan de Lauria, y todo el castigo que merecía, era retenerle prisionero como á los demás que iban en esta pequeña flota; la razón es obvia; algún tiempo antes de este desgraciado acontecimiento, Juan de Lauria, por orden de su tío, había pasado á defender uno de sus castillos, el de Castellón, el cual fué combatido por D. Fadrique en Agosto de 1297, y no pudiendo sostenerse más tiempo, capituló Juan de Lauria, y el rey ordenó que este y la familia de Roger, fuesen libremente trasladados á Nápoles, como vasallos del rey de Aragón. ¿A qué viene, pues, que un año después de esta rendición, fuese considerado Juan como rebelde, habiendo dejado desde mucho tiempo antes el servicio de D. Fadrique, y la nacionalidad de Sicilia? El gran delito del joven Juan de Lauria, fué el de ser sobrino de Roger, y este imprudente acto de venganza, aumentó la irritabilidad del almirante por el amor que profesaba á su sobrino, y no tardó mucho tiempo en vengarse de esta injuria, pero de una manera sangrienta é inhumana.

Nada de extraño tiene que D. Fadrique en un arranque de venganza contra Roger de Lauria, á quien odiaba de muerte, hubiera hecho degollar á su sobrino Juan de Lauria, sabiendo que este acto había de sentirlo vivamente el almirante por el cariño que le tenía; y á buen seguro que el mayor placer que hubiera tenido el vengativo rey de Sicilia, hubiese sido coger á este vivo ó muerto, para saciar en él toda su cólera. En prueba de esta verdad, las crónicas refieren que después de la derrota que sufrió el ejército francés delante de Catanzaro, en la que fué herido el almirante, y que se salvó por milagro, el rey D. Fadrique escribió á D. Ramón Folch, vizconde de Cardona, para que en su nombre desafiase á Roger de Lauria, como á traidor; pero teniendo noticia de esto D. Jaime, impidió que don Ramon Folch cumpliese el encargo que D. Fadrique le confiara. (\*)

(\*) Uno de los documentos que justifican este hecho existe, según D. Antonio de Bofarull, en el Archivo de la Corona de Aragón.

Muy oportuno fué el acuerdo tomado por el rey de Aragón, en impedir que se publicara este reto de su hermano, porque, por muy valeroso que éste fuera, la suerte estaba de parte de Roger de Lauria y el desenlace no era de dudar, por mil circunstancias, pues la ventaja se hallaba en todos conceptos á favor del almirante, porque en efecto, la Fortuna nunca le abandonó durante su vida. Hasta en la desgraciada batalla perdida por los franceses delante de Catanzaro, fué providencial que el caballo herido mortalmente hubiera arrastrado en su agonía al almirante hasta penetrar dentro del valladar, ocultándolo así á la vista de los soldados de Blasco de Alagón, quienes en un momento hubieran dado cuenta de él, y lo es también que la casualidad hubiese llevado á aquel sitio al soldado catalán Pedro Satallanda, que le cedió su caballo.

También es casi maravilloso que en el sitio de Patti hubiese atravesado impunemente toda la Sicilia, levantada en armas, con solo trescientos caballos. Igualmente, después de la batalla de Ponza, cuya descripción haremos más adelante, el almirante que navegaba por las costas de Sicilia, desembarcó parte de su tripulación casi en frente de la ciudad de Termi con el mayor sosiego, y cuando más descuidados estaban los marinos, salieron de la ciudad inopinadamente Manfredo de Claramonte y el conde Hugo de Ampurias, con varias compañías de caballería, que secretamente habían entrado en ella la noche anterior, y cogiendo desprevenidos á los que habían desembarcado, hicieron grande estrago en ellos, salvándose en las galeras los que pudieron, ó los más ágiles: el almirante, que también había desembarcado, tuvo la suerte de poder refugiarse en una casa de campo que la suerte le deparó, reembarcándose otra vez durante la noche: no era aún su hora llegada.

---

## Batalla naval del cabo Orlando

---

Esta célebre batalla, la más terrible y sangrienta de las que se dieron durante la vida de Roger de Lauria, tuvo lugar en los últimos días del mes de Junio de 1299; otros dicen que fué en 4 de Julio de dicho año.

El rey de Aragón, D. Jaime II, reunió Córtes en Barcelona durante el mes de Abril de 1299, y terminadas éstas, el rey salió de dicha ciudad, dirigiéndose á Nápoles, en donde se embarcaron Roberto duque de Calabria, y Felipe príncipe de Tarento. La armada constaba de 56 galeras, al mando del Almirante Roger de Lauria, y salió con rumbo á Sicilia, en donde aportó en el cabo Orlando.

Sabiendo D. Fadrique que el intento de Roger era el de desembarcar á tomar tierra en el cabo Orlando, se dirigió con su armada compuesta de 40 galeras para ver si podía impedir el desembarco, pero no habiendo llegado á tiempo, resolvió presentar batalla á su hermano y enemigo, sin atender al corto número de buques de que disponía, ni tampoco que mandaba la escuadra el formidable Roger de Lauria.

Al avistarse las dos armadas, era ya al anochecer del día 3 de Julio, y D. Fadrique resolvió aguardar el día siguiente.

El cauto y previsor Roger de Lauria estuvo toda la noche preparándose; mandó desembarcar los caballos, los gineteys y toda la

gente inútil, que hubiera servido de estorbo durante el combate; dispuso que se embarcaran todos los caballeros que se hallaban de guarnición en los castillos del valle de Emina, que pertenecían al bando de Aragón, y además, hizo enlazar y trabar firmemente las galeras unas con otras, echando los cabos ó maromas en tierra, asegurándolas bien, de modo que en conjunto venían á formar una verdadera muralla, capaz de resistir á doble número de buques sicilianos, aunque se hubiera reunido á la armada de D. Fadrique la de los genoveses y venecianos que llevaba Mateo de Termini, compuesta de ochenta galeras, las cuales se hallaban ya en Cefalú, pero que el rey no quiso aguardar.

Al llegar el dia, y conociendo el número de buques de la armada de D. Fadrique, el almirante hizo desatar sus galeras, y salió á alta mar en espera del enemigo, pero con exacta y bien ordenada formación, y puso en medio de la linea de combate la capitana, que montaba el rey D. Jaime, en compañía del duque de Calabria y el príncipe de Taranto sus cuñados. El experto Roger de Lauria puso á retaguardia seis galeras ligeras y bien tripuladas, preparadas para cuando dispusiera de ellas.

La escuadra de D. Fadrique estaba ordenada de diferente manera, pues la dividió en dos alas, poniendo la capitana, que montaba don Fadrique en el centro; el ala derecha la formaban 19 galeras, y la izquierda otras 20. La popa de la capitana se hallaba á cargo de Bernardo Ramon de Ribelles, y la proa al de Hugo de Ampurias, siendo de saber, sin embargo, que no reinaba el orden necesario en la armada siciliana.

Durante mucho espacio de tiempo las dos armadas estaban frente á frente titoreándose míticamente lanzas y flechas, hasta que D. Gombal de Entenza, mancebo de gran corazón, pero de poca experiencia, cortó la cuerda que unía su galera á la escuadra, y se metió imprudentemente entre las galeras enemigas, y allí fué fácilmente abordada, muriendo Entenza peleando heróicamente.

Era, dicen las crónicas, el dia del combate uno de los más calurosos del estío, y caía el sol perpendicularmente encima de ambas armadas, de manera, dice, que murió sin pelear mucha gente, de insolación y de fatiga.

El combate fué sangriento y empeñado, y con un furor tal, como si los combatientes fueran extranjeros unos á otros, y esto que peleaban con el mayor ensañamiento hermanos contra hermanos y amigos contra amigos; todos hablaban el mismo lenguaje y ondeaban en las galeras las mismas enseñas y estandartes. Al llegar al mediodia el combate era una verdadera lucha de titanes. El precavido almirante dió orden á la reserva que á todo remo pasase á retaguardia de la armada de D. Fadrique, y que sin descanso atacasen los buques enemigos por las popas, lo que produjo una confusión indescriptible y comenzó el desorden y dispersión.

Seis galeras, á todo remo huyeron del combate. Viendo don Fadrique que la victoria se le escapaba de las manos, resuelto á morir como buen caballero, mandó llamar á su íntimo amigo Blascó de Alagón, para que con las galeras que aun tenía en torno, se pusieran con la suya en el puesto de mayor peligro para morir juntos, y con honra; pero la agitación, la fatiga, y sobre todo el immense ardor del sol, occasionaron al rey de Sicilia un ataque de insolación tan violento, que cayó encima de la cubierta como si hubiera muerto. Lleváronlo á la cámara y uno de los dos jefes del buque, Bernardo Ramon de Ribelles, fué de parecer que se abatiera el pendón ó estandarte, y fuese á llevar la espada de D. Fadrique al rey D. Jaime, en señal de rendición, á fin de salvarlo del furor del almirante, que lo buscaba para vengarse de sus agravios. Más el otro jefe, Hugo de Ampurias,

contestó, que no entregaría á su señor en manos de sus enemigos; y se salió con su galera del combate, siguiendo á las seis galeras que ya iban fugitivas.

D. Blasco, que á pesar de lo reñido de la pelea, no perdía de vista la galera del rey de Sicilia, descubriendo que la nave ó galera capitana se salía del combate, se preparó para acompañarla.

El síncope que acometió á D. Fadrique fué su salvación, pues Roger de Lauria, ciego de cólera y ansioso de venganza contra sus encarnizados enemigos, buscaba con frenesí la nave que llevaba á D. Fadrique, para pagarle despiadadamente y con usura las persecuciones, injurias y demás perjuicios que con tamaña injusticia le había ocasionado á él y á su familia, movido, sin duda, por la envidia y por las calumnias y falsas delaciones de sus incansables enemigos; pero quiso la fatal casualidad que su galera tropezase con la que llevaba á Vinchiguerra de Palizzi y la mayor parte de los cortesanos de D. Fadrique, precisamente los aduladores del príncipe, que tantas desventuras habían causado al almirante, los mismos que formaban el consejo áulico que sentenció al joven Juan de Lauria á perder la cabeza inocentemente en un patíbulo, á quienes Roger conocía muy bien.

En el momento que Vinchiguerra de Palizzi, enemigo mortal del almirante, vió á éste en el buque que atacaba el suyo, temiendo las consecuencias de la ira de su irreconciliable y terrible enemigo, con suma ligereza saltó por la borda opuesta á un esquife que estaba amarrado á la galera, y se acogió á una de las muchas que huían del combate, salvando así su vida con notable disgusto del almirante, quien rugiendo de cólera, descargó todo su furor y venganza, sin la menor compasión, contra los desdichados nobles mesineses, que sin compasión tampoco, firmaron la sentencia de su infortunado sobrino; y como precisamente eran los mismos que con sus calumnias y falsas testificaciones habían causado su ruina y su pobreza, procedió sin clemencia á emplear la antigua e inexorable ley del talón, la cual castigaba á los calumniadores y á los que atestiguaban falsamente á pagar su culpa alma por alma, ojo por ojo, diente por diente y mano por mano, mandando en consecuencia á sus soldados que los pasaran á cuchillo, á cuyo efecto los azuzaba diciendo en altas voces "Vengad á Juan de Lauria; vengad á mi sobrino"; y así murieron Federico Ruffo, Perono Ruffo, Ramón de Ausalone, Jaime de Scordia, Jaime Capiche y otros varios nobles de la corte de D. Fadrique, venganza cruel, que debemos desaprobar, por muy justa que la considerase el almirante.

El tiempo que empleó éste en satisfacer su terrible venganza, fué favorable á D. Fadrique, que se libró de caer en sus manos, llegando sano y salvo á Mesina; siendo de observar, que de la vencedora armada de D. Jaime no salió una sola galera en su persecución, sin embargo de que las había dispuestas para este objeto, y muy ligeras. Ortiz de la Vega, que tuvo ocasión de examinar algunos cronicones sicilianos muy antiguos, dice, que en Nápoles y en aquellos tiempos corría la voz de que la victoria conseguida por D. Jaime había sido infructuosa, porque había querido favorecer por bajo mano á su hermano D. Fadrique, y que pudo cojerle fácilmente, pero que á propósito lo dejó escapar. Hé aquí, pues, otro de los indicios que manifiestan el arrepentimiento de D. Jaime, en haber firmado el malhadado convenio de *Agnanani*.

Esta batalla fué muy cruel y sangrienta, y se dice que los sicilianos perdieron hasta seis mil hombres; Ortiz de la Vega hace ascender la total pérdida de los sicilianos á diez y seis mil personas, pero nos parece el número exagerado. Quedaron en poder de D. Jaime diez y ocho galeras enemigas, en buen estado, y otras cuatro que se fueron á pique.

Peleóse por una y otra parte con extraordinario valor. D. Fadrique antes del síncope que le acometió, viendo que se perdía la batalla, estaba empeñado, como se ha dicho, en atacar con Blasco de Alagón la capitana de su hermano, vengarse en él y morir. D. Jaime también peleó con indecible coraje; y cuéntase, que una flecha disparada de una galera enemiga le atravesó el pie, clavándose en la cubierta de su buque, pero no quiso sacársela durante el combate, temeroso de que su gente se desanimara viéndolo herido.

Durante el fragor del combate, dos ideas muy graves una y otra tenían preocupada la imaginación de D. Jaime; no era ninguna de ellas el temor de su derrota; sabía muy bien el rey de Aragón, que mientras el experto Roger de Lauria mandase su escuadra, la victoria estaba de su parte; lo que sí temía era ver de improviso aparecer por la popa de su galera, la airada figura de su hermano Fadrique, resuelto á vengarse de él, y en esta probabilidad, uno de los dos debía sucumbir, verificándose así un irremediable fratricidio, que de cualquier manera que se examine, el motor ú orígen de este crimen, procedía del inícuo convenio de *Agnnani*, en virtud del cual debía D. Jaime arrebatar injustamente á su hermano el reino que de derecho le pertenecía.

No eran menores los remordimientos que en aquellos supremos instantes torturaban la conciencia del rey de Aragón, pensando en la posibilidad de un choque entre las dos galeras que ansiosamente se buscaban, la de D. Fadrique y la de Roger de Lauria, á fin de llevar á cabo el duelo á muerte provocado poco tiempo antes por el primero, para vengarse del segundo, que por razones que ya hemos explicado, no pudo efectuarse; se le figuraba pues á D. Jaime ver ya á D. Fadrique revolcándose en un lago de sangre encima de la cubierta de su buque, aplastada la cabeza bajo la pesada maza de armas del terrible marino, cuya causa originaria se debía también exclusivamente á él, por su inexplicable y veleidosa conducta. Así sólo se comprende, el porqué ninguna galera de la vencedora armada de D. Jaime persiguió la fugitiva capitana, que llevaba en su camarote el atribulado monarca de Sicilia.

Deseoso, pues, el rey de Aragón de tranquilizar su ya demasiadamente alarmada conciencia, resolvió cesar en la prosecución de la guerra contra su hermano, y dicen los cronistas, que visto el estrago producido por el reciente combate, y que el gran número de víctimas de una y otra parte eran casi todos españoles, hijos de Aragón y Cataluña, se volvió á los que le rodeaban y les dijo: "Basta ya, harto hemos hecho contra un hermano; vencido le dejamos; si saben hacerlo, podrán lograr sus enemigos la victoria sin mí." Y he aquí en estas terminantes palabras explicado el motivo de sus remordimientos, que acabamos de apuntar, y al propio tiempo la confirmación de que la conferencia que solicitaba D. Jaime de su hermano en Ischia, se reducía á buscar los medios de convenirse, y cesar definitivamente una guerra tan desastrosa. Indudablemente, como hemos dicho en otra parte, Roger de Lauria conocía bien los humanitarios deseos del rey de Aragón, y cuyo secreto, que conservó inviolablemente el almirante, el cual sólo indicó en su discurso pronunciado en el parlamento de Piazza, ocasionaron su estrepitosa caída y destierro, causando en consecuencia gran derramamiento de sangre en Sicilia.

Así, pues, terminó la sangrienta batalla de cabo Orlando, ganada por Roger de Lauria, batalla desastrosa, tanto para los vencedores como para los vencidos, atendido que los soldados de una y otra armada eran casi todos catalanes, llenándose por este motivo Cataluña entera de luto y consternación; de modo, que en rigor, el solo y verdadero pagano, sobre el que recayó todo el cargo y responsabilidad de esta larga y costosa contienda fué D. Jaime, tanto por lo que

corresponde á la sangre derramada, como por los immensos caudales que se invirtieron en llevarla á cabo. A pesar de que, según el convenio de *Agnani*, debían los tres signatarios contribuir con igualdad á los gastos, el Papa y Carlos de Nápoles supieron evadir el compromiso, dejando al rey de Aragón solo en el palenque; por tanto, obró con toda oportunidad D. Jaime al retirarse de esta infiusta guerra, que no debía reportarle ventaja ni beneficio alguno, sino el odio y execración de todo el mundo. Más le hubiera valido á él y á sus dominios dejarlos como había dispuesto al morir su hermano mayor D. Alfonso, que contraer la amistad interesada del papa y de Don Carlos de Anjou, que supieron explotarla en beneficio propio.

Por fin hemos llegado al término de las glorias y triunfos conseguidos en el transcurso de 20 años, por el exceiso almirante de Cataluña y Aragón el nunca bien ponderado Roger de Lauria, quien consiguió por su consumada pericia y denodado valor, hacerse, al frente de sus escuadras, dueño absoluto del mar Mediterráneo, en donde nunca fué vencido en ninguna de las numerosas batallas que dió contra los enemigos de los reyes de Aragón.

La última batalla que Roger dió contra la armada de D. Fadrique, es la de Ponza, durante el verano del año 1301: este combate no tiene de mucho la grande importancia dé la del cabo Orlando, ya porque no fué tan sangrienta y empeñada, ya porque fué dada por catalanes contra catalanes, ya porque tuvo resultados positivos, y en fin por que iban mandadas las dos armadas enemigas, por un rey cada una, ambos hermanos, y dispuestos á morir uno á manos del otro: un verdadero fratricidio.

La armada siciliana estaba compuesta de 27 galeras bien tripuladas y además 5 genovenses, y la mandaba el almirante Conrado de Oria, genovés, y en un alarde de valentía hallándose en las costas de Nápoles, tuvo la audacia de desafiar á Roger de Lauria, y este contestó al reto diciéndole, que estaba aguardando las galeras de Pulla, que en el momento de su arribo lo pondría en su noticia para satisfacer sus deseos. Con esto la armada siciliana aportó en las islas de Próxita y de Capri aguardando aquel arribo.

Al dia siguiente llegaron á Gaeta las galeras de Pulla que el almirante aguardaba, y además otras 7 genovenses del bando contrario á los Orias. Puestas ya ambas armadas á vista una de otra, Conrado de Oria y los barones que con él iban se reunieron en consejo á fin de resolver lo conveniente, y uno de los jefes, Palmeiro Abad, fué de parecer que era una temeridad presentar batalla contra la armada de Roger que era de mucho superior á la suya; por el contrario otro de los jefes de la armada siciliana, llamado Benincasa de Eustasio, opinó que sería una gran cobardía retirarse sin pelear, después de haber desafiado á Roger; admitióse el poco prudente consejo de Eustasio, y con un atrevimiento muy temerario, Conrado de Oria, con más presunción que prudencia, puso á su escuadra en orden de batalla, aguardando la enemiga.

Comenzóse la lucha, pero de pronto las 5 galeras genovenses, que habían venido en auxilio de los sicilianos, á una señal se salieron del combate, á fin de ver de mucha distancia el éxito de la acción, encontrándose frente á frente las 27 sicilianas con las 59 aragonesas, número desproporcionado; más el valiente almirante Oria, no quiso retroceder, y al principiar el combate, el jefe Benincasa de Eustasio, por cuyo consejo se dió la batalla, abandonó cobardemente á sus compañeros, huyendo á todo remo, ejemplo que siguieron otras 6 galeras, quedando comprometidas las demás de la armada, las cuales, sin embargo, pelearon valerosamente, pero fueron vencidas en detall, cayendo prisioneros los valientes jefes que las mandaban, Juan de Claramonte, Palmeiro Abad, Peregrino de Patti, Eurico de Incisa, Roger de Matina y otros muchos caballeros de la armada de D. Fadrique.

La galera capitana en la que iba Conrado de Oria quedó sola, pero á pesar de esto se batíó tan valerosamente que fué imposible abordarla, aunque eran muchas las enemigas que la rodeaban, y Roger de Lauria viendo la dificultad de vencerla, hizo poner á su lado un brulote al objeto de incendiárla, y visto por Conrado de Oria la imposibilidad de resistir más, se rindió, entregando el estandarte real; respetáronse por Roger todos los prisioneros, entregándolos á Carlos de Anjou en Catania, en donde murió Palmeiro Abad, por habersele enconado las heridas que recibió en el combate, á pesar de que fueron curados convenientemente todos los heridos. Tal es la batalla de Ponza, en que se tomaron 28 galeras, con su almirante Conrado de Oria.

Parece que reina cierta obscuridad en algunos de los detalles de esta batalla, y aun se observan varias exageraciones y errores que no es fácil corregir; á este propósito el exacto Zurita habla de ellos de esta manera: "Uno de los autores sicilianos antiguos, que escribió las cosas de aquellos tiempos, excedió en el número de las galeras que tenía Roger de Lauria, y afirma que las suyas, sin las de Pulla y las de los Grimaldos, eran 40, y que todas llegaban á ser casi 60; pero un autor catalán, que no se nombra, y escribió las cosas de Sicilia hasta el año 1346, no pone el número de las galeras, y solamente dice, que se ganaron por la armada del almirante 28 galeras; y es mucho de maravillar que no se hace mención de esta jornada siendo tan principal, por el cronista contemporáneo Ramón Montaner."

Todas estas circunstancias nos han dado motivo á sospechar, si es una exageración ó tal vez una calumnia inferida á Roger de Lauria, por sus numerosos enemigos, la barbaridad que atribuyen al almirante, de haber hecho sacar los ojos y cortar las manos á los ballesteros genoveses de la capitana que mandaba Conrado de Oria, por el estrago grande que causaron con sus saetas á la galera que montaba el almirante. Esta noticia nos parece que tiene todas las apariencias de una fábula, porque, ¿qué culpa tenían los soldados genoveses, personas mandadas, de haber en justa defensa hecho gran daño á la galera del almirante? En tal caso este inhumano castigo lo merecieran mejor los jefes que los mandaban, quienes también los habrían castigado si no hubiesen hecho lo que debían. Esto es tanto menos creíble, en cuanto que Roger de Lauria era un excelente capitán, esclavo de la subordinación y de la disciplina militar, á la que debió sus numerosas victorias; y hubiera por el contrario dado un mal ejemplo á sus subordinados, ver que se castigaba horriblemente á los que cumplieron con su deber.

Cansado ya Roger de Lauria de tanto pelear y tanto vencer, y deseoso de poner término á tanta efusión de sangre derramada durante veinte años, aprovechó un viaje que hizo por las costas de Palermo, en donde se hallaba Blasco de Alagón, y habiendo tenido oportunidad de poder conferenciar con él muy secretamente, le propuso ponerse de acuerdo para transigir y establecer en consecuencia una paz amigable, entre D. Fadrique y Carlos de Anjou, dejándose cortar cada uno una parte de su capa, como suele decirse; pero Blasco de Alagón no quiso intervenir en ello, por razones que son difíciles de adivinar, y la guerra continuó con el mismo encarnizamiento; pero es lo cierto, que al negarse el caudillo de D. Fadrique á admitir el proyectado concierto con Roger, llevó en el pecado la penitencia, como pronto veremos.

Animado el duque de Calabria, hijo de Carlos de Anjou, por la batalla de Ponza, ganada á los sicilianos, resolvió dar mayor vigor á la guerra de Sicilia por mar y tierra, y salió con su ejército de Catania para sitiar la ciudad de Mesina, corte de D. Fadrique, poniéndola en grande aprieto. Teniendo de ello noticia D. Fadrique, ordenó que Blasco de Alagón y el conde D. Guillen Galcerán, con 500 caballos y 2.000 almugáveres fuesen en socorro de la capital.

Teniendo aviso de esta marcha el duque de Calabria, resolvió estrechar el sitio, por mar, con su armada mandada por Roger de Lauria, mientras que por tierra tenía bloqueada la ciudad con ayuda de la gente de la guarnición que había en los castillos que rodeaban a Mesina, y eran los de Melazo, Monforte, Castellone, Francavila, Jachi, Catania y Paterno, que todos pertenecían al duque de Calabria, de manera que la ciudad estaba padeciendo una miseria espantosa, y para complicar más la triste situación de los sitiados, atacó a Blasco de Alagón, que era el alma de la resistencia y el brazo derecho de D. Fadrique, una gravísima enfermedad, de la que falleció a los breves días, causando su muerte un verdadero dolor en toda la isla.

La situación de D. Fadrique era verdaderamente desesperada; sin marina militar para poder combatir la armada poderosa que mandaba Roger de Lauria; sin recursos pecuniarios, pues con tan inmensos gastos, después de veinte años de guerra, no había donde recurrir y todos los fondos estaban agotados; perdida la agricultura y el comercio, que necesitan la paz y tranquilidad para fomentarse, no le quedaba otro recurso que abandonar la isla, y ponerse bajo el amparo de su hermano D. Jaime, lo que hubiera verificado ya, a no ser la constancia y fidelidad de los valerosos caballeros aragoneses y catalanes, que, como el conde Guillen Galcerán, el conde Hugo de Ampurias, D. Berenguer de Entenza y otros verdaderos amigos de don Fadrique, le animaban y favorecían.

¡Cuántas veces en sus adentros hubo de pensar en los prudentes consejos del admirante Roger de Lauria, cuando le estimulaba a que consintiese en tener una conferencia con su hermano D. Jaime en las islas de Ischia ó Próchita, a la que se opusieron Vinchiguerra de Palizzi, Mateo de Termini y otros consejeros áulicos de D. Fadrique, enemigos del Almirante!

Véase, pues, cuanta razón tenía Roger de Lauria al pronunciar su elocuente discurso en el Parlamento de Piazza, augurando al rey que si se negaba a la conferencia, vendría un día en que se vería sitiado en Mesina, y próximo a perder la corona; consejos prudentísimos que contribuyeron, gracias a sus émulos, a la caída del almirante, a la confiscación de sus bienes, a ser condenado como traidor de su patria y ajusticiado públicamente su sobrino Juan de Lauria, causando además gran derramamiento de sangre, que hubiera podido evitarse.

Consideren, pues, los detractores de Roger de Lauria, cuya honra han procurado vulnerar en todos tiempos, si eran patrióticos y humanitarios los deseos de nuestro héroe, al proponer, como dijimos y expresa la historia, a Blasco de Alagón que de consuno se buscase medio de conciliar los ánimos de los dos reyes, Carlos de Nápoles y Fadrique de Sicilia, firmando una paz amigable y conveniente para ambos, a fin de evitar más derramamiento de sangre; pero Blasco desechó la proposición laudable de Roger, y no se sabe por qué motivo, de lo que sin duda hubo de arrepentirse aquél de su negativa, cuando se vió sitiado en Mesina, sin saber cómo salir de tan angustiosa situación, muriendo, en fin, sin tener el consuelo de ver al poco tiempo a su amigo D. Fadrique, dueño tranquilo de sus tan disputados estados, como se verificó a gusto de todos, amigos y enemigos, incluso el mismo Sumo Pontífice Bonifacio VIII.

En efecto, condolida la virtuosísima D.<sup>a</sup> Violante, hija de D. Pedro de Aragón y de D.<sup>a</sup> Constanza, y esposa de Roberto, duque de Calabria, de la tristísima situación de la Sicilia, convertida en un lago de sangre, a causa de la pertinaz y asoladora guerra sostenida por Don Fadrique su hermano, contra sus poderosos enemigos el papa y Carlos de Anjou, empleó toda su influencia con su esposo Roberto, para con-

seguir un armisticio entre dicho Carlos, su padre y D. Fadrique, su hermano, y se concordó este por término de tres meses, durante los cuales falleció D.<sup>a</sup> Violante en Termini; más por mediación de Carlos de Valois, hermano del rey de Francia, hubo de tratarse formalmente de la paz, que tanto convenía al reino de Nápoles como al de Sicilia.

De común acuerdo tuvieron una entrevista el rey de Sicilia Don Fadrique y el duque Roberto, heredero del reino de Nápoles, en Caltabellotta, en 19 de Agosto de 1302, y se firmó la tan suspirada paz en 24 del mismo mes, quedando D. Fadrique rey de la isla de Sicilia en virtud de lo consignado en aquella avenencia.

Bajo ciertas condiciones aprobó S. S. el Papa Bonifacio VIII y el Sacro Colegio, la paz firmada, y también, y con mucha satisfacción el rey de Aragón D. Jaime II, cumpliéndose así los deseos de este monarca, que ya venían demostrados en el empeño que tenía de reunirse y tratar de este importantísimo asunto cinco años antes, con D. Fadrique, en la isla de Ischia, cuya negativa fué la causa de la caída del almirante Roger de Lauria, manifestando el rey también estos mismos deseos, al terminar la sangrienta batalla de cabo Orlando.

Con mucha extrañeza no intervino en lo más mínimo en este tratado de paz, Roger de Lauria, uno de los más importantes y esclarecidos personajes de aquella época, en Aragón, Nápoles y Sicilia, como almirante de las armadas de D. Jaime y de D. Carlos de Anjou; y á pesar de que en las estipulaciones se procuró resarcir, en cuanto fué posible, todos los perjuicios causados por estas desastrosas guerras, nadie habló una palabra de indemnizar á Roger de Lauria, de las muchísimas pérdidas que había sufrido al confiscarle injustamente D. Fadrique los cuantiosos y ricos estados que eran de su propiedad en Sicilia y en Calabria, ni de recompensarle los señalados servicios que había prestado á los reyes de Aragón y Nápoles, en los últimos años de la guerra.

Víctima de tanta ingratitud el almirante y justamente irritado de la poca generosa conducta de los reyes que firmaron el tratado de paz, para quienes había derramado su noble sangre en mil combates, lleno de despecho, dejó inmediatamente el cargo, que con tanta gloria había desempeñado durante tantos años, abandonó la Sicilia, y pobre, pero honrado, fué á establecerse en Valencia, en donde, como si para aquel hombre de acción, de movimiento y de guerra, la paz fuese la muerte, es lo cierto que la calma y el reposo consiguieron de él en dos años lo que no habían podido en veinte los peligros y las batallas. Murió, pues, en Valencia, en 17 de Enero de 1305, de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, ó 1304 de la Encarnación, según expresa su lápida.

El cuerpo de este exelso héroe, nunca vencido, fué llevado á Tarragona, y de aquí al Real Monasterio de Santas Creus, en donde se le construyó una sepultura, no á los piés del regio panteón de don Pedro III de Aragón, según dispuso en su testamento, otorgado en la ciudad de Lérida en el año 1201, sino que muy oportunamente el que dirigió la sepultura, creyó que el sitio que le correspondía no era á los piés, sino al lado derecho del citado panteón, toda vez que Roger de Lauria fué el brazo derecho de D. Pedro el Grande, y convenía que fuera aquel, el sitio que le correspondía.

Cubre esta sepultura, al nivel del suelo, una gran losa de mármol blanco, de 157 centímetros de longitud; por 62 de anchura. Corre por todo al rededor una sencilla cenefa esculpida, de 6 centímetros de anchura, con una greca de gusto godo de la época. En el centro de esta lápida hay un cuadrado de 50 centímetros de altura y 42 de ancho, que en diez renglones y caractéres godos contiene esta simple y sencilla inscripción:

ASI:IAU:LO:NOBLE:EN:R  
DE:LURIA:ALMIRALL:GENE (\*)  
RAL:DLS:REGNES:DARAGO  
ED:CICILIA:P:LO:SEÑOR: REI  
DARAGO:E:PASSA:DESTA  
VIDA:EN:LAYN:DE:LA:EN  
CARNACIO:DE:NOSTRE:SE  
NOR:IHU:CRIST:MIL:T:CCC  
T:III:XUI:KALENDÉS  
DE:FEBRER. \* \* \* \*

En la parte inferior de esta losa hay cuatro escudos iguales, y en la superior otros dos, los cuales correspondían á la familia de Roger.

Tal es, pues, el sepulcro del invicto almirante Roger de Lauria, y difícil sería encontrar en todo el Monasterio de Santas Creus, entre el gran número de enterramientos que contiene este célebre cenobio, destinado á guardar los restos de la nobleza catalana de los tiempos medios, otro que sea más modesto y sencillo; de modo que para las nueve décimas partes de viajeros que visitan el Monasterio, pasa desapercibido el sepulcro de una de las pocas glorias que enaltecen nuestra cara patria.

En efecto, colocada su modestísima sepultura al lado del sumuoso panteón de D. Pedro III de Aragón, construido de mármol, de inmensa elevación y siguiendo el gusto ojival de la época, casi nadie para mientes, al examinar sus bellezas arquitectónicas, que en aquellos mismos momentos y debajo de sus pies, se hallan los nobilísimos restos de un personaje, dignísimo compañero de Pedro el *Grande*, á cuyas heroicidades y denodado valor, debe este excelsa rey de Cataluña y Aragón, el título que justamente le consigna la historia.

Grima dá ciertamente, ver levantarse emparejado con el panteón de D. Pedro, el de D. Jaime II su hijo, monumento absolutamente igual en materia, forma y dimensiones al de su padre, y no deja de ser notable y hasta repugnante, que habiendo pasado D. Jaime muchas temporadas en su palacio edificado en el claustro viejo de aquél monasterio, y visto y pisado la sepultura de Roger de Lauria infinitad de veces, la gratitud no le sugeriese la idea de honrar la memoria del fiel almirante, que tantos días de gloria dió á la corona de Aragón, construyéndole un sencillo sarcófago elevado un metro sobre el nivel del suelo, cuyo coste no hubiera, sin duda, arruinado el tesoro público; ó cuando no, por economía, bastaba por lo menos esculpir en la actual losa del sepulcro, un justo elogio del héroe allí sepultado, manifestando cuan agradecida debía estar la nación á sus heróicos servicios y enumerando sencillamente las batallas en que tomó parte, de las que en todas salió vencedor.

El ingrato y egoista rey de Aragón D. Jaime *EL JÚSTO*, se desdenó de cumplir con este acto de justicia y agradecimiento que le hubiera enaltecido en los futuros siglos; pero la verdad es, que no ha hecho gran falta el elogio del veleidoso rey: casi todos los historiadores que se han ocupado de la historia de Sicilia han hablado con

(\*) Esta línea se halla borrada en la lápida, pero debe notarse que se hizo expresamente, rebajando la piedra con el cince; se cree, y es muy posible, que esto se hizo por los franceses durante la guerra de sucesión, cuando estos entraron en Cataluña, demostrando así el odio que profesaban al héroe que tantas veces los derrotó por mar y tierra.

entusiasmo del valor á toda prueba del iluste marino, hasta sus mismos enemigos. Citaremos por segunda vez, y para dar por terminada esta sencilla monografía, el digno y desinteresado elogio que el historiador Zurita, que tantas veces hemos mencionado, le tributa al reseñar su sensible muerte en la ciudad de Valencia, á la prematura edad de 54 años, expresándose de esta manera: "Murió en la ciudad de Valencia el almirante Roger de Lauria, el más afamoso y excelente capitán que antes y después de sus tiempos hubo jamás por la mar, y nunca vencido en ella, y aunque fué capitán general de dos naciones muy diversas entre sí y contrarias, en veinte años que continuadamente duró la guerra, y en muchas batallas que tuvo con infieles, siempre mostró llevar tras sí muy cierta la victoria, y que sólo dependía de él. Sobrepujó á todos los valerosos capitanes que entonces fueron y después han sido, en el cuidado, vigilancia y astucia, y en la celeridad y presteza de ánimo, y sobre todo en el consejo, y desde su juventud se señalaron en su persona tantas partes de valor, que en ella representaba grande dignidad y autoridad." Tal es el juicio que mereció el ilustre almirante del severo y crítico historiador aragonés.



Universitat Autònoma de Barcelona  


Servei de Biblioteques  
Biblioteca d'Humanitats



Universitat Autònoma de Barcelona

**Servei de Biblioteques**

Biblioteca d'Humanitats

RES/1137



RES  
/1137